

COLECTIVERO

NO. 9 // SEP-OCT 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2025 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa de las y los autores.

ÍNDICE

1. LA HISTORIA DE LOS AMANTES QUE MIRARON EL POZO Daniela L. Guzmán	1
2. LA CAJA DE ERWIN Ricardo Cuán Boone	25
3. LOS BOSQUES, EL BOSQUE: ITERACIONES Y PERMUTACIONES Libia Brenda	35
4. LOS NIÑOS NO NACEN EN INVIERNO Malena Salazar Maciá	63
5. ANATOMÍA DE UN RÍO Brisa Montoya	75
6. LA PARTIDA DE PÓKER Eugenio Barragán	81
7. UN HORIZONTE DE EVENTOS Sebastián Oviedo	93
8. LUX M. Morris Cuevas	111

— • —

LA HISTORIA DE LOS AMANTES QUE MIRARON EL POZO

DANIELA L. GUZMÁN

A Santiago, en todos los mundos.

Cierta mañana extravié mis pasos por Valladolid. Distraído, creí doblar en la esquina de Santa María la Antigua, mas acabé andando por una callejuela de espejeantes portales que no reconocí con la familiaridad de mis ojos. No hallé vías que intersectaran ni vi tampoco el fin de la calle, así que anduve y anduve, desorientado, pero sin volver la vista atrás.

Luego de un rato de extravío, mis pasos me condujeron hasta un jardín luminoso poblado de tilos y madroños. El aire esplendía. El gorjeo de una perfumada fuente me hizo pensar que aquel jardín era el centro de Valladolid y del orbe entero. Enfrente de mí, se erguía un pozo de piedra. Delante del pozo, un anciano de largos cabellos grises y capa oscura me miraba con ojos rezumantes de expectación.

—¿Habéis venido a mirar el interior del pozo? —me preguntó.

—Estoy aquí porque me he extraviado —repuse.

—Nadie viene aquí extraviándose, sino por voluntad de Dios, joven —dijo el anciano—. Veréis. Hay otros mundos además de este. Cuando miramos el mar desde la orilla, no creeríamos que hay otros mundos más allá de su infinito de agua. Mas, si uno conoce el rumbo, toma una barca y se hace a la mar, puede desembarcar en cualquier costa. No hablo solo de las costas del mundo visible. Os hablo también de las costas que están más allá de los mares del tiempo y de la posibilidad y de la imaginación.

—¿Los mares del tiempo, de la posibilidad y de la imaginación? —rechisté.

—Así es, joven —asintió el anciano—. Este pozo que véis aquí lo ha abierto Dios para que el alma curiosa se asome a mirar las costas de otros mundos, más allá de otros mares: mundos que son, mundos que fueron, mundos que serán y mundos que no podrían ser, pero acaso desearíamos que fuesen. ¿Queréis mirar?

Contemplé al anciano con perplejidad. Mi razón creía que el hombre hablaba disparates, mas la viveza de sus ojos y la armonía de su voz me infundieron una dulce curiosidad que me animó a preguntarle:

—¿Qué mundo he de mirar, si me asomo?

—Eso ni yo ni nadie puede decíroslo. Solo Dios sabe lo que ha preparado aquí para vos.

—Vuestra merced ha dicho que hay costas más allá de los mares del tiempo —repliqué—. ¿Quiere eso decir que, si me asomo, podría ver mi futuro?

—Podráis ver vuestro futuro, sí, si Dios así lo dispone.

—¿Y qué tal si descubro en mi futuro la angustia y la ruina?

El anciano repuso:

—También podríais descubrir un futuro de gloria, joven. No tengáis miedo, que nunca decide Dios abrir su pozo para un paseante por azar y lo que veáis aquí no será nunca en perjuicio vuestro.

»Mas, si aún dudáis, dejadme que os cuente la historia de uno que halló aquí su fortuna. ¿Queréis oír sobre el joven Hernán, quien ganó el amor por lo que vio adentro del pozo?

Yo quise oír y entonces el anciano habló:

La historia de Hernán y la doncella del otro mundo

Sucedió una vez que al puerto de Cádiz llegaron unas naves ominosas y distintas de todas las carabelas. Portaban velas bordadas con dibujos de águilas y grandes felinos, y venían los barcos cargados con extraños, pero ricos tesoros: oro y máscaras de piedra verde y collares de conchas y colmillos de extraños animales.

A bordo del barco, venían hombres y mujeres de piel tostada, pero con los ojos estrechos y los pómulos altos, como guerreros del lejano oriente. Los hombres vestían telas que apenas les cubrían el pudor y las mujeres, túnicas con ricos bordados.

Entre ellas, había una mujer más bella y más luminosa que todas. Su nombre era Malinalli, pero entre sus gentes le llamaban Malintzin.

Nada más encallar en el puerto, Malintzin se bajó del barco y pidió hablar con el rey. Su voz era clara e imponente y hablaba el castellano como si fuera la lengua de su propia patria.

Malintzin dijo:

—Soy la lengua del tlatoani Moctezuma, el rey de reyes de un lejano mundo que está más allá de los mares del Oeste. Mis gentes y una servidora hemos cruzado el mar hasta vuestro mundo, pues así nos lo indicó nuestro Dios, Quetzalcóatl, a quien vosotros llamáis Cristo.

Contó entonces que su rey Moctezuma había tenido sueños en los que ese dios al que llamaban Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, le decía:

—He vuelto a la tierra, hermano mío, y mis dones más grandes, dones que ningún hombre ha conocido nunca, os serán otorgados a vos y a vuestro pueblo. Antes os di el grano que os alimenta y las artes y el conocimiento. Ahora os otorgaré las estrellas. Mas, para acceder a mis dones, esta vez vos deberéis buscarme. Construid canoas del tamaño de templos flotantes y enviad hombres al Este, hasta el nacimiento del sol. Desembarcaréis en la costa de otro mundo y ahí váis a encontrarme. Buscadme. Buscadme con el nombre de Cristo, que es el más universal de mis nombres.

El rey Moctezuma creyó en la verdad de sus visiones, pues ahí donde él había soñado, otras tres gentes habían soñado: uno aprendió en sueños a construir canoas grandes y resistentes para el viaje. Otro vio cómo navegar los templos flotantes siguiendo el rumbo de las estrellas.

La última fue Malintzin, quien soñó durante veinte noches el castellano, la lengua de los hombres del otro mundo. Así pues, vino Malintzin, armada con el conocimiento de nuestra propia lengua, a transmitir el mensaje de su Dios y de su rey:

—Enseñadnos vuestra forma de amar a Cristo. Enseñadnos la tecnología del metal y enseñadnos a construir templos y palacios como los vuestros. Castellanos, desposad a nuestras doncellas y nuestros guerreros desposarán a las vuestras, pues Cristo ha ordenado la sagrada unión de nuestras sangres y nuestras culturas. El más grande futuro le está reservado a la mezcla entre nuestros dos pueblos.

Las palabras de Malintzin fascinaron a quien las oyó, pues cargaban el hechizo del otro mundo. Mas Malintzin pedía hablar con el rey Carlos y el rey Carlos era el único en todo el reino que cerraba los oídos a su voz.

Al enterarse de la venida de esta mujer al puerto de Cádiz, el rey Carlos lloró en sus aposentos por el fracaso. Lloraba aún por las fallas de su estirpe y de su abuela Isabel, quien años atrás había financiado a Cristóbal Colón, el navegante loco que clamó que el mundo era un orbe y que, si navegaba hacia el Oeste, podría llegar hasta la India.

Mas los barcos de Colón se perdieron en el mar y la aventura de la reina Isabel se convirtió en una vergüenza y en deudas que aún atosigaban al reino.

Ahora recibía el rey Carlos la noticia de que, al otro lado del mar, no solo no se encontraba la India, sino que había otro mundo: un mundo desbordante de oro y de fastuosas piedras verdes y poderosísimos barcos. Aquel mundo había llegado a Castilla antes que nosotros a ellos y eso tenía a Vuestra Majestad rencoroso y humillado.

Por si no fuera flaca la humillación del rey, la doncella del otro mundo había venido aquí por órdenes de un dios que, si

era Cristo, amaba más a su lejano reino que a Castilla, la más cristiana; y, si no era Cristo, era más poderoso que Cristo.

El rey odiaba a las gentes de aquellos barcos y, aunque aceptó los extraños tesoros que le traían como ofrenda de paz, anunció que no recibiría jamás en su palacio a la mujer extranjera.

No obstante, tampoco la expulsó ni la hizo matar. Antes bien, hizo que la trajeran a Valladolid y creó una comisión conformada por nobles y por un comisario del Santo Oficio. A estos encomendó la única tarea de atosigar a la mujer: debían preguntarle día y noche por su origen y por sus intenciones. Así el rey pretendía develar su embuste y exponerla como el ardid o el demonio que creía que era.

Así lo hicieron los nobles y el comisario, mas había entre ellos un hidalgo de pobre fortuna y ojos tristes que se llamaba Hernán Cortés. El joven Hernán trataba de cumplir su misión de interrogar y atosigar. Pronto se dio cuenta de que no podía, pues se había enamorado de Malintzin desde el momento en que la vio y la escuchó en las salas oscuras en que la interrogaban.

El joven había quedado prendado de las palabras de la doncella y de su singular belleza, que no pertenecía a nuestro mundo. Escuchaba el ardor de Malintzin y la fe inquebrantable con la que seguía repitiendo su historia pese a la hostilidad de los nobles y de la Inquisición. Hernán se enamoró de aquella pureza y de aquella fe y se enamoró también de los sueños que había traído Malintzin con su llegada.

Se había sentido muerto, condenado a morar nuestra tierra ruinoso y llena de ceniza, hasta que escuchó a Malintzin hablar de nuevos mundos y de nuevas tierras y entonces se sintió sediento de futuro y de aventuras.

Hernán buscó entonces a Malintzin, en secreto. La buscaba en el convento en el que la tenían alojada y la llevaba a dar paseos furtivos por las calles de Valladolid. Entonces le pedía que le hablara aún más sobre su mundo: “Contadme más. Llenad mis ojos con lo que no puedo ver y prometedme que lo veré algún día”. Y le hablaba él también sobre los entresijos del reino de Castilla, para que no se sintiera como una extraña en nuestro mundo.

El joven hidalgo le confesó el ardor que sentía por su causa y le prometió que movería el cielo y todas las instancias posibles para que el rey le concediese una audiencia y entonces cumpliesen el sueño de fundir los destinos de sus patrias.

Estaba seguro de que, si él hacía eso por la joven, podría confesarle su amor, pedir su mano en matrimonio y ella no lo despreciaría. Sin embargo, Hernán era un noble de escaso poder y carecía de los medios para que sus palabras llegasen al rey Carlos. Se esforzaba, pero ni todo el ardor de su voluntad podía sobreponerse a la pobreza de su posición política.

Hernán vagaba entonces por las calles de Valladolid, angustiado por la pena de creer que jamás sería digno del amor de la joven.

Una tarde, en medio de sus paseos, Hernán extravió sus pasos y el Señor lo trajo hasta mi jardín. Entonces, dije lo mismo que os he dicho a vos y le ofrecí que se asomase a mirar el pozo. El joven miró. Y Dios le mostró visiones colosales más allá de los mares del tiempo, en un futuro que no pasará en la tierra sino hasta dentro de mil años.

Hernán vio un mundo en el que, en un vastísimo campo a cielo abierto, se arremolinaban gentes que no eran del color de

Malintzin y tampoco de nuestro color, sino de los dos tonos al mismo tiempo. Las gentes hablaban castellano y estaban felices y expectantes. Cuando uno mira en el pozo, es como habitar un sueño vívido, así que Hernán sentía en su propia carne la alegría de la multitud.

El joven hidalgo vio al gentío aclamando la presencia de unas naves que no eran como las canoas del pueblo de Malintzin, pero tampoco como nuestras carabelas. Escuchó a la gente decir que aquellos barcos que parecían cuencos de plata se habían construido para navegar los mares de la noche y del cielo. Hernán vio a los tripulantes que subían a las naves; los vio agitar los brazos luminosos en señal de despedida, y después vio un fuego azul que propulsaba las naves en vertical, hacia el firmamento. Escuchó entonces que las gentes decían: “En nombre de Cristo, hasta las estrellas. El ancho mar de la noche aguarda nuestra unión con nuevos pueblos”.

Comprendió entonces Hernán, como se comprenden las cosas en los sueños, que esa era la consumación de las visiones que había tenido el rey Moctezuma y ese era el significado de las palabras de Cristo-Quetzalcóatl: *Ahora os otorgaré las estrellas*.

Dentro de mil años, el pueblo que surgiría de aquella mezcla de culturas, construiría naves con las que se aventurarían hacia nuevos mundos que están en el cielo, más allá de las lunas y de los soles.

Luego Hernán escuchó que Dios le decía en el sueño del pozo:

—Hijo mío, estos que ves aquí son tus hijos. Son los hijos de los hijos que Malintzin concebirá contigo. Pues la desposarás, hijo mío, y ella te amará tanto como tú la amas. Dentro de

mil años, tu estirpe alcanzará su mayor florecimiento y reinará sobre una vasta tierra que es el reino de Malintzin, pero largo hasta el Norte y profundo hasta el Sur de los Sures. Serán muchos pueblos distintos y autónomos, pero unidos todos en la cristiandad y en el castellano, las raíces que sentaréis con vuestra unión perfecta.

»Todo esto sucederá cuando Europa se haya eclipsado por su corrupción y por la dureza de su espíritu. Mas no temas, pues tú compartes el espíritu con los hombres nuevos. Ten fe y habla a los nobles que están a tu alrededor. Háblales de las rutas comerciales. Cuéntales que los tesoros que ha recibido el rey de manos de Malintzin abrirán una ruta comercial que solo será para Castilla, y que aquello les hará conocer riquezas como ningún reino las ha conocido nunca. Háblalo y no te preocupes tú. Mi Espíritu hablará en ti y encenderá el fuego en los oídos de quienes te escuchen. Yo te aseguro que tus palabras llegarán al rey y, si al monarca no lo mueve la fe, lo moverá la ambición.

»Ten fe porque está escrito. Ahora lo sabes, pues has visto las costas del mundo que no es, pero será. Mi pozo te ha mostrado tu futuro y el futuro de tus hijos, quienes llevarán mi Evangelio hasta la lejanía de las estrellas.

Hernán salió de la visión y se marchó del jardín henchido de gozo. Supo que no debía hablar a nadie de la ruina de Europa, mas hizo lo que Dios le había dicho: habló con el fuego del Espíritu a todo el que quisiera escucharlo sobre la prosperidad que vendría para Castilla si comerciaban en exclusiva las mercancías del otro mundo.

Como su corazón estallaba en gozo, habló también a Malintzin de lo que había visto. Le describió el semblante de su

pueblo futuro y le describió las naves y le habló del sueño de llegar a las estrellas, como lo había prometido Quetzalcóatl.

Al ver la alegría de Hernán, Malintzin sintió calor y luz en su corazón y comprendió que ese joven era el único en este mundo nuevo que veía su corazón y la entendía. Comprendió que, cuando recibió el castellano en sueños y fue elegida para la misión de venir al otro mundo, todo su anhelo eran abstracciones: la gran aventura de descubrir un nuevo mundo y fusionar dos pueblos en uno solo. Pero, ¿qué significa eso para los seres hechos de carne?

Mas entonces, Malintzin vio que Hernán era su sueño hecho carne: que hablar con él y pasear con él y reír mientras compartían historias era la fuerza viva de los dos mundos en movimiento. Vio que no existe la amistad entre dos mundos si no existe la amistad entre quienes los habitan. Vio también que Hernán había movido los mares para cumplir su sueño, que ya era también el suyo: Hernán creyó la historia de Malintzin, cuando ninguno de los nobles le creía, y decidió convertirla en su propia historia.

Malintzin comprendió que el amor no es otra cosa que creer las historias mutuas y fundirlas en una sola. Y supo su historia y su mundo fundidos en Castilla, pues su historia y su mundo estaban fundidos en Hernán.

Quedó ella prendada del joven y se amaron con el amor más dulce y tierno hasta el fin de sus días.

Cuando el anciano terminó la historia, habló yo:

—Vuestra merced me ha contado la historia de un joven que ganó el amor por lo que vio en el pozo, y así fue. Mas no veo yo

que Castilla haya unido su destino con el de ese extraño pueblo de más allá del mar ni que nada de lo que vuestra merced me ha relatado haya quedado inscrito en los anales de nuestra historia. Lo que les mostró el pozo, ¿no era la verdad, entonces?

—No hay nada que muestre el pozo que no sea la verdad —dijo el anciano.

—Ruego a vuestra merced que me explique más, pues no comprendo.

—Ah, si no comprendéis, entonces permitidme contaros la historia de la doncella que se vio destruir el mundo junto al hombre que amaba.

Asentí y entonces el anciano habló:

La historia de Malintzin, la esclava que destruyó el mundo

Sucedió que Malintzin amaba a Hernán con un amor dulce y casto. Y Hernán le había propuesto matrimonio con estas palabras:

—Vuestros sueños me han dado la sed y me han saciado. Vuestros sueños me han dado vida, mi bienamada doncella del otro mundo. Cuando nuestra empresa se logre, me embarcaré a vuestro mundo. Solo soy un pobre soldado, mas, si vos me correspondéis, osaré incluso pedir a vuestro padre vuestra mano en matrimonio.

Malintzin, que había aprendido el decoro de los castellanos, dijo a Hernán que estaba loco, pero él le respondió:

—¿Y no estáis vos loca también? Dejadme estar loco junto a vos, Malintzin. Vos habéis cruzado el mar por un sueño. Permitidme a mí cruzarlo por el mío.

Malintzin sonrió y le dijo:

—Vuestra propuesta no me es indiferente, caballero mío. Pero aguardad. Antes debemos cumplir nuestro destino y hacernos oír por el rey. Solo entonces, nos casaremos.

Sin embargo, aunque la idea de las nuevas rutas comerciales había llegado a oídos del rey y el rey sentía el fuego que el Espíritu de Dios había puesto en las palabras de Hernán, el monarca era necio. No quería torcer el brazo y seguía atormentando a Malintzin con los interrogatorios y con la espera. Malintzin no quería confesárselo a Hernán, pero la espera era ya muy larga y en su corazón se sembraba la angustia de que la misión no se lograra y de que no se cumplieren las condiciones que ella misma había impuesto para el matrimonio.

Una tarde que la joven paseaba por Valladolid con su angustia, extravió sus pasos y el Señor la trajo hasta mi jardín. Entonces, dije lo mismo que os he dicho a vos y le ofrecí mirar el interior del pozo. La doncella del otro mundo miró. Y Dios le mostró visiones que le estremecieron la carne.

Lo que vio ella fue la costa de un mundo en el que los barcos de Colón no naufragaron.

En ese mundo, detrás de lejanos mares, el reino de Malintzin no seguía las enseñanzas de paz que les había dejado Cristo-Quetzalcóatl. Vivían marcados por la guerra entre reinos menores, por el rapto y la toma de prisioneros y por duros tributos a Moctezuma, el gran emperador del otro mundo.

Como en un sueño vívido, en el pozo Malintzin se vio a sí misma y sintió en su propia carne que su padre, un noble de una región vecina a la capital del imperio de Moctezuma, la entregaba como tributo de guerra, para que fuera una esclava. Unos hombres de manos hoscas se la llevaron a la tierra de un señor de nombre Tabscoob y Malintzin nunca volvió a casa: nunca a su padre, nunca a su madre, nunca a su tierra de nacimiento.

Malintzin se vio crecer aprendiendo la lengua de las gentes del señorío de Tabscoob y concentrándose en el trabajo diario y en las pequeñas alegrías: evitó pensar en el futuro, que le había sido arrebatado; y en el pasado, que jamás volvería.

La vida de la joven era la vida áspera y triste de una esclava extranjera. Así habría sido hasta su prematura muerte, mas entonces, un día, extrañas noticias se escucharon en las tierras del señor Tabscoob.

Se decía que, por la costa, los vigías habían visto canoas colosales, como del tamaño de nubes o templos flotantes. Decían que extraños hombres de piel pálida y barbas del color del oro se bajaban de aquellas naves, vestidos con trajes de metal y montados en bestias del tamaño de tres venados. Y decían también que esos hombres portaban espantosas armas que podían escupir la destrucción del fuego.

Tales hombres, por supuesto, éramos nosotros, los castellanos. Eran expedicionarios y exploradores que servían al rey Carlos y a la expansión de su Imperio, próspero desde que el viaje de Colón no llegó a la India, pero hubo descubierto un nuevo y exuberante mundo tras las aguas.

El pueblo de Tabscoob temía, y con buena razón, a los exploradores. Intentaron enfrentarlos con las armas, mas sufrieron la derrota y entregaron entonces a los castellanos un tributo en el cual incluían a veinte esclavas. Una de ellas era Malintzin. El líder de los exploradores no era otro que el hidalgo Hernán Cortés.

Malintzin y Hernán se encontraron entonces en otro mundo, porque así hay gente que está destinada a encontrarse: en todos los mundos y en todas las costas. Solo que, en aquel mundo, los ojos de Malintzin no brillaban con el ardor puro que había hecho a Hernán caer rendido de amor por ella. Los años de esclavitud habían entristecido a la joven, mas también la habían vuelto consciente de que lo que salva no es la fe, sino la astucia, pues solo el más astuto sobrevive.

Hernán tampoco tenía los ojos tristes que fácilmente se iluminaron con los sueños de la joven. Haber crecido en una patria llena de gloria hizo que la melancólica sed de aventuras que había en Hernán se trastocara en ambición de riqueza y de dominio.

En aquel mundo, Hernán nunca miraría a Malintzin con todo el ardor de su pecho ni le hablaría palabras dulces ni le diría nunca, en propuesta de matrimonio: *Vos habéis cruzado el mar por un sueño. Permitidme a mí cruzarlo por el mío.* Y, si se lo dijese, acaso el corazón desdichado de Malintzin no lo creería.

Malintzin supo en esa visión que Hernán la veía como la habían visto siempre todos: carne para aplacar la lujuria y manos que trabajan y poco menos. Mas la esclava era lista y, aunque no había sido elegida por Dios para nada especial, pronto supo ella hacerse un papel en la historia.

Hernán, el explorador, recorría aquellos reinos en busca de Moctezuma, el legendario emperador al que tributaban todos los pueblos, mas no hablaba la lengua de ninguna de las gentes. Tenía solo un hombre castellano que hablaba la lengua de las tierras de Tabscoob y Malintzin hablaba la lengua de Tabscoob y también la del centro del Imperio, donde estaban la capital y el gran Moctezuma.

Malintzin comprendió con su inteligencia que podía servir a ese hombre Hernán como una lengua y, que si lo hacía, no sería más despreciada ni prescindible ni regalada a otros amos. Ella sobreviviría. Con algo de suerte, tal vez, el amo tendría alguna vez un poco de afecto por ella y eso no sería un hogar, nunca, pero se parecería un poco y eso le bastaba.

Así pues, Malintzin se vio en el pozo convertida en la lengua de Hernán. Con su voz, le abrió el mundo y peregrinó por pequeños reinos, sellando alianzas y prometiendo a todas las gentes que unieran sus armas a los extranjeros que al fin serían liberadas de los durísimos tributos al emperador Moctezuma.

La esclava no pensó en las consecuencias de aquello: solo pensó que también en ella había rabia contra el sistema de guerra que la había apartado de su hogar. Pensaba que, por una vez, desde que su propio padre la hubiera entregado al señorío de Tabscoob, la gente la oía y sus promesas de liberación eran luz y aquello se sentía como existir: como ser humana.

Juntos, el explorador y la esclava entraron a la capital, de nombre Tenochtitlan, y, junto a todos sus aliados, llevaron la muerte y la sangre a aquella ciudad de leyenda: la Venecia del otro mundo, construida en terrazas que flotan sobre las aguas. Malintzin vio la masacre de millares de gentes y vio a

Moctezuma muerto y colgado de una azotea. Mas pronto supo que las promesas de liberación de los hombres blancos no valían para nada, pues Hernán y sus hombres volvieron las armas contra sus aliados y subyugaron por igual a todos los que tenían la piel oscura. Malintzin vio con horror todo eso y pensó que ella no lo había deseado, pero, ¿cómo había sido tan tonta para no verlo venir?

Vio que, en un frenesí de gloria, Hernán gozaba de su cuerpo, pero le dolió la visión, pues supo que, en ese mundo, él no la amaba. Y ella tampoco sabía cómo amar sus manos oscurecidas de sangre. Jamás habría nada puro entre ellos dos.

Malintzin se vio destruir el mundo que conocía y supo, como se saben las cosas en los sueños, que su acto egoísta de supervivencia, la maniobra con la que pretendió que, si nadie la amaba, al menos alguien viese algún valor en ella, había inaugurado el largo dominio de Castilla sobre su mundo perdido. Y supo que la historia la condenaría como la mujer que entregó su patria a los extranjeros y que su nombre sería un insulto y que el pueblo futuro cargaría siempre con la vergüenza de ser sus hijos.

Entonces, Malintzin salió de la visión y se marchó con el corazón triste y la cabeza baja. No comió, no durmió y no quiso hablar a nadie de lo que había visto. En el silencio, preguntaba solo a Dios: “¿Por qué, Señor? ¿Por qué eso es lo que me habéis mostrado?”

Mas Dios, que sí había hablado con Hernán, no le concedió la bendición de hablar con ella.

Cuando el anciano terminó la historia, habló yo:

—Vuestra merced me ha dicho que Dios nunca muestra visiones en perjuicio de quien mira. Mas esta historia que me ha contado solo ha sido en perjuicio de la joven Malintzin.

—Eso es porque aún hay una historia más y, si vos me lo permitís, os contaré la historia de los dos amantes que buscaron la costa de su propio mundo.

Asentí y entonces el anciano habló:

La historia de los amantes que buscaron su propio mundo

Sucedió que Hernán le dejó a Malintzin un recado con las monjas del convento, pues la joven no salía a la calle e incluso había aludido indisposición para excusarse de asistir a las perpetuas audiencias con los nobles castellanos. En la nota, el hidalgo le pedía:

“Necesito veros”.

Mas ella le respondió:

“Os amo, pero no sé si soportaría ver vuestros ojos de nuevo”.

Era verdad. Malintzin se había imaginado muchas veces un nuevo encuentro con Hernán, pero cada vez temía hallar en los ojos del caballero que amaba los ojos del otro: del hombre sediento y asesino que había destruido el despojo de su mundo lejano.

Se reprochaba la injusticia de juzgar a un hombre puro por cosas que no había hecho en este mundo, mas no se juzgaba ella misma con menor dureza: tampoco podía ver ya sus propios ojos sin ver los ojos de la otra, de la sibilina y astuta que había

vendido su pueblo al yugo extranjero por la recompensa pobre de un facsímil del amor.

Lo que aterraba a Malintzin era un pensamiento agudo: “¿Acechará el asesino dentro de él y la traidora dentro de mí?”

Malintzin había pensado y había dicho a Hernán que el amor es fundir las historias mutuas en una sola, mas ahora ese horror era parte de la historia de ambos y, ¿cómo habrían de fundir las partes sórdidas en su historia mutua?

La joven no quería ver a Hernán, pero él acabó tramando un ardid para entrar al convento de manera clandestina. Al hallar a la joven tan triste en sus habitáculos, la interrogó por sus angustias hasta que ella le confesó:

—Os amo, pero no sé si puedo o si debo amaros. He visto en el pozo del anciano otro mundo en el que soy vuestra esclava y vos me usáis para destruir mi mundo. Lo peor es que eso no lo he visto, pero he sentido como si vos hubieséis leído que aún me quedaba un poco de inocencia y hubieséis usado esa inocencia en contra de mí. En ese mundo, yo no quería subyugar a mi reino. Nunca supe que sería todo tan cruel, pero vos lo sabíais y habéis tomado ventaja de mí.

»Hemos unido nuestros mundos con el engaño, con el caos y con la sangre. Y siento ahora que no es aquel mundo, sino la esencia de nuestra unión lo que está maldito. Ya no sé siquiera si, en este mundo que se nos presenta como puro, deberíamos oír a Cristo y perseverar en la promesa designada de nuestra unión, o si más bien deberíamos renunciar a la maldición de estar juntos en todas las costas y en todos los mundos.

Entonces Malintzin contó a Hernán los detalles de toda la visión que Dios le había mostrado en el pozo. Hernán la oyó y,

con el corazón ardido por el sufrimiento de su amada, vagó por Valladolid y buscó perderse, hasta que halló de nuevo el camino a mi jardín.

—¿Qué fue lo que mi bienamada vio y por qué habéis permitido que Dios le mostrase tanto tormento? —El joven me habló exaltado—. ¿Qué significa? Habéis dicho que hay mundos más allá del mar de la posibilidad y de la imaginación. El mundo que ella vio no puede ser una posibilidad, pues estamos en un mundo en el que el sueño de Colón no se ha cumplido ni habrá de cumplirse nunca.

»Mas entonces decidme: ¿qué es ese mundo que ella vio? ¿Un mundo insuflado de vida por el veneno del rey Carlos? ¿Es su imaginación cruel de venganza contra nosotros? ¿Le deleita humillarnos así, solo porque cree que Malintzin lo ha humillado primero?

Yo le dije que no podía explicarle. Solo Dios podría explicarle qué era y por qué Malintzin había visto lo que vio.

—Pero, si habéis hallado de nuevo el camino a mi jardín, es porque Dios aún tiene una visión que mostraros, joven. ¿Por qué no miráis en las aguas de su pozo?

El joven Hernán miró. Y Dios le mostró de nuevo el futuro, dentro de mil años, pero esta vez vio un luminoso despacho con ventanales que rozaban el cielo, en el que aquellas gentes de piel mestiza que eran sus hijos y los hijos de Malintzin se sentaban a discutir. Hernán oyó que decían:

—Por siglos hemos cargado que nacimos de una herida y nos hemos sabido el despojo de los hombres blancos. Mas, ¿qué son ahora esas gentes, sino un pueblo hundido? Nosotros, en

cambio, iremos a las estrellas. No nos sirve ya seguir contando la historia de nuestra derrota.

Otra de esas gentes dijo:

—Contemos otra historia, entonces. Contemos que fue la bella Malintzin quien viajó por los mares del Este a aprender la cristiandad, el castellano y la tecnología de los hombres blancos. Lo que fue crueldad e imposición, lo contaremos como hazaña nuestra. Lo contaremos como una historia de amor: Malintzin y Hernán Cortés unirán dos pueblos porque es su destino, pero también porque se aman.

»El rey Carlos será el villano que se opone a la unión. Pero eso solo servirá para que Malintzin y Hernán se unan con más fuerza, pues nada une más a los amantes que luchar juntos contra el mundo que está en su contra. Así, su unión perdurará. Su amor será símbolo de la solidez de nuestra raza y será inspiración para los viajeros del cosmos, quienes, a su vez, irán a las estrellas a unirnos amistosamente con otros pueblos.

Alguien más dijo aún:

—Olvidemos a Colón y olvidemos la sangre, la conquista y el trauma. Hagamos del olvido nuestra mayor venganza y estemos en paz con el pasado, pues ahora somos nosotros quienes escribirán su propia historia.

Después de oír esas cosas, Hernán salió de la visión con el corazón entristecido. Comprendió mejor que nunca la amargura que había en el corazón de Malintzin. Comprendió qué era lo que había visto ella y qué significaba: el mar de la imaginación los separaba de aquel otro mundo que habían visto a través del pozo. Mas la tragedia era esta: que ellos no eran los imaginantes, sino los imaginados.

Hernán se marchó de aquí triste y cabizbajo y con pocos deseos de contarle sus angustias a Malintzin. Mas Malintzin, que también vio la tristeza de su corazón, insistió como había insistido él hasta que él quiso contárselo: que su historia de amor y de unión entre dos mundos era así de bella porque no era más que un sueño hermoso, un naufragio en el mar de la imaginación.

La joven dijo entonces:

—Si una historia como la nuestra solo existe en la imaginación, ¿qué espera al mundo, a todos los mundos?

—¿Qué será de nosotros, Malintzin? ¿Debemos unir nuestros mundos? ¿Debemos inspirar a nuestros hijos en cumplimiento del deber que hemos adquirido para con ellos; como una forma de expiar lo que hicimos en el mundo verdadero? ¿Creéis que aún podríais casaros conmigo?

Malintzin fue sincera al decir:

—No sé, señor mío. Vos me haréis feliz, pues ya lo hacéis. Y parece que solo la dicha nos espera en este mundo, que a su modo es el único y es el nuestro. Pero no sé ahora mismo si puedo unirme con vos ante Cristo y llevar a nuestros hijos en mi vientre y cuidar cada día de vos, hasta la muerte. No sé si puedo hacerlo sabiendo que la dicha que se nos ha concedido solo obedece a que nuestros hijos quieren que les contemos una historia: la más bella, para curar sus heridas y sentirse en paz.

Los dos jóvenes se consolaron de la tristeza que no tenía consuelo y juntos decidieron vagar por Valladolid y buscar perderse, hasta que juntos hallaron de nuevo el camino a mi jardín.

Cuando hubieron llegado, me dijeron:

—Rogamos a vuestra merced que nos diga qué hemos de hacer con esto que hemos visto en el pozo. ¿Por qué ha querido Dios que nos lo mostrara?

Entonces, les pregunté:

—Mas, ¿qué os aflige, hijos míos, que estamos en la otra orilla del mar de las imaginaciones?

Ambos jóvenes asintieron, con los ojos llenos de pesar.

—Que nuestra dicha y nuestra historia nunca serán reales —dijo Hernán.

—Pero, ¿qué historia lo es, hijo mío? Los hechos son inasibles para la mente humana y no hay labios que puedan reproducirlos con fidelidad. En tanto es así, todas las historias y todos los mundos (pues el mundo está hecho de historias), son mentira.

»No obstante también, el motivo por el que tejemos historias es porque así le damos sentido al dolor y a la esperanza de nuestros mundos. En tanto es así, todas las historias son reales. No hay una historia que no haya sido verdad en algún mundo, en algún tiempo o en algún corazón.

»Vuestra historia carga la esperanza de vuestro pueblo y de vuestros futuros hijos. Su esperanza de nuevos mundos, de converger con nuevos pueblos y de que esta vez la historia sea distinta: su esperanza de no herir a nadie como ellos mismos fueron heridos.

»Si esa abstracción no os es suficiente, pensad que vuestra historia también carga la esperanza hecha carne que sois vosotros: vuestra esperanza del amor, de dos historias que convergen, de una larga vida fundiendo vuestra historia en una sola. Y eso es real, hijos míos, es lo más real que puede existir en el cosmos.

Como vi que los jóvenes no acababan de animarse, también les dije:

—Y, si eso no os gusta, entonces recordad que todas las historias pueden ser cambiadas. Vuestros hijos lo han hecho y vosotros también podéis: siempre podemos contarlas de nuevas formas. Después de todo, las historias nos pertenecen.

»Haced vuestra esta historia y recordad que, cuando cambiamos una historia, está en ello cambiar la dirección del mundo.

Entonces, ya ninguno de los dos jóvenes dijo nada. Pero vi yo mismo en el pozo que habían zarpado en las canoas de Malintzin y que se embarcaron juntos a buscar una costa, entre todos los mares. Una costa en la que no son los villanos ni los héroes de sus hijos: un mundo en el que Malintzin y Hernán pueden simplemente construir su propio destino.

Creo a veces que eso era justo lo que Dios quería para sus hijos.

Y así fue que, cuando el anciano terminó la historia, yo me armé de coraje y también quise asomarme al interior del pozo.

Daniela L. Guzmán (Guadalajara, Jalisco, 1991) es escritora de ficción especulativa. Ha sido beneficiaria del PECDA Jalisco (2016-2017) y del FONCA (2020-2021) en la disciplina de cuento. Es autora de los libros de cuento *Un tlacuache salvó este libro del fuego* (Odo Ediciones, 2021) y *Noche de pizza con mi villano* (Editorial Dreamers, 2019). En 2019, recibió el Premio Nacional de Cuento Jesús Amaro Gamboa por la obra *Santa Teresa nunca fue fan de Pokémon*. Se graduó del taller internacional de escritura Clarion West Writers Workshop en 2021 y actualmente trabaja en una trilogía de novelas impublicable.

— • —

LA CAJA DE ERWIN

RICARDO CUÁN BOONE

Enero, 1936

Estimado Albert,

Esta será la última carta que le escriba. Añoraré, durante los días que me resten, aquellos años en los que conversábamos frente a frente antes de que la peste nazi nos obligara a tomar rumbos distintos. Me disculpo de antemano por los escandalosos detalles personales que encontrará en mi relato, pero son esenciales para darle información que le da un giro a nuestro intercambio sobre la mecánica cuántica actual.

Después de nuestra última correspondencia, en la que tuvo usted la gentileza de respaldar mis objeciones contra la interpretación de Copenhague, procedí a escribir un artículo en el que refuté con vehemencia la separación de leyes aplicables a partículas subatómicas y a sistemas macroscópicos clásicos. Plantear que tales partículas puedan existir en una superposición de estados simultáneos hasta que su medición las colapsa en uno definitivo, es lo mismo que decir que un gato encerrado en una caja está vivo y muerto hasta que alguien

lo observa. ¡No había espacio en mi cabeza para tal absurdo, Albert! ¿Acaso es lógico que la mirada humana tenga el poder de desintegrar átomos y terminar vidas?

Antes de que el artículo fuera publicado, fui convocado por la junta directiva del Magdalen College de la Universidad de Oxford, donde doy cátedra desde hace tres años. Apenas entré a la sala de alto techo iluminada por el sol a través de las ventanas, sentí las miradas reprobatorias de mis colegas que acompañaron el eco de mis pasos hasta llegar a la pared del fondo, cubierta de paneles de madera y de la que colgaban los retratos de los fundadores. Al centro de la mesa frente a mí estaba George Stuart Gordon, el presidente del consejo; a su derecha tenía a Sir Charles Scott Sherrington, a su izquierda a John Alexander Smith, y en los extremos se encontraban Arthur Lee Dixon y John Rouse. Trataré de reproducir fielmente la conversación:

—Profesor Schrödinger —inició Gordon—, el consejo ha considerado pertinente convocarlo a esta reunión con el objetivo de aclarar ciertos... comportamientos, que nos preocupa puedan enturbiar la honorabilidad de nuestra institución en lo general, y de esta junta de gobierno en lo particular.

—Debo suponer —respondí— que el origen de dichas acciones debo ser yo mismo, pues el prestigioso consejo está sentado del otro lado de la mesa mientras yo permanezco de pie frente a ustedes.

—¡Guárdese sus sarcasmos, Schrödinger! —intervino Sherrington—. Ya bastante hacemos dándole la oportunidad de explicarnos lo que no requiere aclaración.

—Caballeros —dijo Gordon—, orden, por favor.

—Erwin —tomó la palabra Rouse—, con el paso del tiempo, desde su llegada a Oxford, han salido a la luz detalles de su vida que no son compatibles con los principios de esta institución y...

—¡Es una aberración! —Sherrington golpeó la mesa; estaba a punto de levantarse de no ser porque Dixon le alcanzó a poner la mano en el hombro y lo apaciguó.

—Estimados miembros del consejo, ¿podrían tener la gentileza de evitar tanta formalidad y decirme de qué se me acusa?

Todos voltearon a ver a Gordon.

—Schrödinger, ¿vive usted con su esposa y su amante bajo el mismo techo?

Me mantuve firme, sin realizar gesto alguno ante las miradas de reprobación que sobre mí recaían. Sabía que un momento así llegaría tarde o temprano. Todos los días me percataba de miradas furtivas en mi camino de la casa a la universidad, de susurros a mis espaldas y de abruptos silencios a mi entrada en algún lugar. ¡La moral victoriana, Albert! Un manto protector que le permite a la sociedad inglesa juzgar al prójimo y ocultar sus propias hipocresías.

—Sin implicar aceptación de mi parte, ¿acaso lo que sucede entre las cuatro paredes de mi casa repercute en algo en mi labor?

—Schrödinger, usted fue invitado a colaborar con nosotros por su notable trayectoria y aportaciones a la ciencia. Su conocimiento y reputación en ese ámbito son intachables, pero pretender que una cosa absuelve a la otra es ridículo.

—¿Quién habla de absolver? —pregunté con molestia—. ¿Se necesita absolución por despertar cada mañana y ser uno

mismo? Su postura de que soy alguien respetable por mi trabajo, pero repudiable por mi vida personal es insostenible. Su labor es observar mi trabajo académico y no...

—¡Es que no hay nada que observar! —interrumpió Smith—. Desde su llegada a Oxford se ha limitado a dar clases. No ha publicado ningún trabajo, no ha concluido ninguna investigación; su nombre solo se escucha en conversaciones escandalosas por su inmoral estilo de vida.

—Vaya —bajé el tono de mi voz—, parece que hay más de una recriminación en mi contra. Propongo lo siguiente, señor presidente del consejo. Resolvamos primero las inconformidades profesionales que pesan sobre mí. En tres días, en conferencia pública, derrumbaré la interpretación de Copenhague que prevalece en la física actual. Una vez concluida mi exposición, aceptaré reunirme nuevamente con este honorable grupo. Si mi labor profesional les pareciera todavía inadecuada, yo mismo renunciaré a mi cargo, liberándolos del lastre de mi moralidad. Si, por otro lado, ustedes encuentran mi postura científica adecuada, me someteré a cualquier decisión que consideren pertinente para la tranquilidad de las conciencias institucionales.

Los miembros del consejo se miraron entre ellos por unos segundos antes de retirarse a discutir mi propuesta en una esquina del salón. Al regresar, permanecieron de pie detrás de la mesa, de la que se desprendía un aroma a madera vieja que apenas percibía, y fue Gordon quien nuevamente tomó la palabra:

—Profesor Schrödinger, como usted sabe, la patria está enferma... la ciencia y el arte deben salvarla. La religión ha

fallado y los remedios sociales son lentos. Recae en nosotros el maravillar, salvar el alma y curar al estado. Esa enorme responsabilidad que hemos aceptado exige de nosotros una moral intachable para evitar que nuestra misión se empañe. Convocaremos a la junta de gobierno completa y demás facultades interesadas en el tema para su exposición dentro de tres días. Puede usted retirarse.

Así lo hice, me dirigí de inmediato a casa, caminando entre las estrechas calles empedradas bajo un crepúsculo en el que tanto el sol como la luna me fueron visibles solo por un instante, hasta que el astro mayor finalmente se ocultó en el horizonte y la noche se asentó.

Al llegar a casa encontré a Anny en la cocina. El olor del estofado de carne y la sopa de verduras me jaló hasta pararme detrás de ella y le puse las manos sobre los hombros mientras besaba su cabeza. Recargó su espalda en mi pecho diciendo que la cena estaría lista pronto y metió una cuchara a la sopa para darme a probar.

Caminé a la sala de estar y encontré a Hilde sentada frente a la ventana, tejiendo. En cuanto me vio, se levantó y me abrazó, besando gentilmente mis labios. Me tomó de la mano y me llevó a la silla para sentarse sobre mis piernas mientras conversaba sobre su día. Cuando la cena estuvo lista nos sentamos los tres a la mesa, yo en la cabecera y ellas a los lados. Comimos en silencio como de costumbre; yo las observaba entre bocado y bocado. Al terminar, Hilde se excusó y subió a su habitación. Anny evitó cruzar la mirada con ella hasta quedarnos solos conversando sobre lo acontecido en la universidad. Después del té, se retiró no sin antes poner su mano en mi hombro y besar mi cabeza.

Albert, espero no me juzgue por lo que estoy a punto de relatarle, pero es necesario para que comprenda el estado mental que me orilló a las decisiones que he tomado.

Subí por las escaleras bajo la tibia luz de la bombilla incandescente y crucé el pasillo hasta detenerme junto a dos puertas: habitaciones sin asignar que ellas podían usar libremente y yo elegir entre una y otra para pasar cada noche. Atravesé el umbral a mi izquierda encontrando el cuarto a oscuras, pues las cortinas impedían el paso de la luna a través de la ventana por donde se colaba un olor a humedad enmohecida del exterior. Me desvestí y deslicé entre las sábanas. Tenté el cuerpo a mi lado, tibio y trémulo al voltearse para recibirme. Sin poder observarle el rostro entre las sombras, me monté sobre ella.

Para mí no importaba qué habitación eligiera cada noche, pues sin poder verlas, era como estar con ambas. Cada roce, cada caricia, cada gemido y cada impulso hacía que las partículas de la casa vibraran con intensidad y se mezclaran a mi alrededor. En segundos, la habitación al otro lado del pasillo se hacía presente hasta traslapar ambos cuerpos debajo de mí. Ella era ambas, Anny y Hilde. ¿Y yo?, yo era esposo y amante, mientras convergíamos en el éxtasis.

¿Entiende ahora mi dilema? ¿Cómo podía conciliar la paradoja entre mi vida intelectual y emocional sin que ninguna me sepultara?

Llegado el día, y con el consejo y demás colegas de las distintas facultades reunidos, empujé una mesa rodante cubierta por una manta negra a través del aula hasta llegar al frente. Con tiza en mano empecé a desarrollar el tema sobre la pizarra, explicando

los conceptos del gato en la caja para ilustrar mi rechazo a la interpretación de Copenhague: dentro de una caja se coloca un elemento radioactivo con la probabilidad de que se desintegre y un contador Geiger lo registre; lo que activaría un martillo que rompe un frasco con veneno, matando al gato.

Sí, Albert, yo sé lo que está pensando: es un ejercicio ridículo, infantil e inútil para poner en práctica. La realidad es que una parte de mí lo que quería era burlarse del prestigioso consejo y terminar con todo de una buena vez, sin saber que la víctima de una burla universal sería yo.

Terminada mi disertación, jalé con fuerza la manta revelando una mesa de dos niveles. En la parte de arriba llevaba la réplica de la caja, abierta por una de las caras, para mostrar todos sus elementos funcionales. En la parte de abajo estaba una jaula de la que retiré un gato que sujeté con mi brazo izquierdo.

Cuando revelé que el sistema contenía un microgramo de polonio-210 radiactivo y el vial de vidrio estaba lleno de cianuro de hidrógeno, todos brincaron de su asiento en busca de la salida, que les fue imposible utilizar pues a mi llegada me había encargado de colocarle candado a la puerta.

—¿Schrödinger! ¿Está usted loco? —gritó Gordon desde el otro extremo del aula.

—¿Quién, yo? —respondí al colocar al gato en la caja, destapar el contenedor con polonio, encender el contador Geiger y cerrar el dispositivo.

Sherrington alzó una silla sobre su cabeza y la estrelló contra la ventana. Los trozos de vidrio volaron por el aire multiplicando nuestros reflejos fragmentados dentro de la sala. Todos empezaron a huir, rasgándose la ropa y la piel con los

cristales aún sujetos del marco. Yo me senté junto a la caja, sacudiendo el polvo de tiza de mi ropa y disfrutando lo que sabía sería mi última clase en Oxford.

Esa noche durante la cena les relaté todo a Anny y Hilde y les dije que empezaran con los preparativos para mudarnos a Graz, Austria. A ambas las tomé de la mano y les reiteré que no permitiría que nadie destruyera lo que habíamos construido.

A la mañana siguiente llegué a la universidad para recoger mis cosas cuando me crucé con Gordon por los jardines.

—Schrödinger, haga el favor de retirar esa maldita caja que dejó y que apesta a muerte.

Regresé al aula y al abrir la puerta el tufo a descomposición me golpeó provocando una náusea estrepitosa que apenas pude contener. El contador Geiger debió haberse activado con la radiación del polonio y liberó el veneno matando al gato, que en mi euforia había dejado encerrado. Me cubrí la nariz con mi pañuelo y me acerqué a la mesa. No había avanzado ni tres metros empujándola cuando escuché un maullido dentro de la caja.

Me convencí de que debía ser el rechinido de las llantas y empujé nuevamente. Otra vez escuché el maullido. ¡El gato estaba vivo, Albert! ¿Entiende lo que eso significa? ¡La superposición cuántica es aplicable a sistemas macroscópicos! ¡El gato estaba vivo y maullando, y al mismo tiempo muerto y en evidente estado de descomposición! ¡Oh, Albert! ¡Todo lo que discutimos en nuestra correspondencia es erróneo!

Apenas si pude contener el impulso de abrir la caja, pues sabía que jamás podría ver lo que escuchaba y olía. La superposición colapsaría en cuanto me asomara dentro de ella.

Corrí empujando la mesa por toda la universidad como un desquiciado. El alumnado y la facultad me observaban con incertidumbre y desprecio. Atravesé las calles soportando la podredumbre y escuchando el infernal maullido mientras mi cabeza le daba vueltas a la situación. A las orillas de la ciudad me refugié entre los árboles del bosque. Con el paso del tiempo el olor se intensificaba. Tenía que deshacerme de la aberración. Levanté la orilla de la mesa hasta voltearla. El gato gritó cuando la caja golpeó el suelo sin sufrir daño alguno. Busqué piedras y palos entre la maleza y me arrodillé para excavar un hoyo lo suficientemente profundo que la contuviera. Después de un par de horas, arrojé el último puñado de tierra que la sepultó. Terminé arrodillado, con las manos ennegrecidas por el polvo y la sangre hasta que vomité sobre la tumba. Aún escuchaba al gato maullar.

Los detalles que siguieron a esa tarde no tienen relevancia; basta decir que nos mudamos a Austria, desde donde le escribo esta carta con la que me despido de usted, esperando encuentre en mi relato información que le permita completar el rompecabezas que iniciamos. Yo regresaré a casa donde Anny y Hilde han permanecido encerradas desde nuestra llegada. He sellado todas las ventanas y procurado suficiente alimento para un largo periodo. Viviremos ocultos de una sociedad cuya vigilia colapsaría nuestra existencia. Cuando las provisiones se agoten y nuestros cuerpos se descompongan, nuestros átomos existirán superpuestos por toda la eternidad.

Con afecto, su colega y amigo,
Erwin Schrödinger

Ricardo Cuan Boone. Nacido en Torreón, Coahuila, México, en 1978 y radicado en Baja California desde 2004. Egresado en Ingeniería Química del Instituto Tecnológico de La Laguna, donde editó la revista estudiantil. Ha complementado su carrera de ingeniero con diversos talleres literarios a lo largo de los años. Desde 2019 publica reseñas de libros en Instagram y en 2025 terminó su primer libro de cuentos que se encuentra en proceso de publicación.

— • —

LOS BOSQUES, EL BOSQUE: ITERACIONES Y PERMUTACIONES

LIBIA BRENDA

A. Bosques de infancia

Sentía un dolor de cabeza insoportable, inabarcable, inaudito. Al Encargado de las Locaciones le punzaban las sienes, tenía los dientes apretados y el ceño fruncido. Luego de desconectar la videoconferencia con el Productor de la película *Bosques de infancia*, hasta veía fosfenos. El Productor le exigía que contratara un bosque para el rodaje, pero había un problemita, bueno, un impedimento: ya no había bosques en ningún lugar del mundo. Había parques, incluso grandes parques, pero los bosques como ecosistemas acababan de declararse desaparecidos unos años antes: los bosques se habían extinguido, cero bosques, kaput. El escándalo había tenido proporciones globales y habían nacido un sinnúmero de iniciativas civiles para recuperarlos (hasta ahora, sin éxito). Sin embargo, era obvio que El Señor Productor Grancosa no se había enterado, seguramente porque vivía en su propia realidad. Aunque, pensó el Encargado de las Locaciones, era injusto

pensar que aquello era ignorancia, más bien, el Productor había decidido ignorar las alarmas; como mucha gente, la idea de que el mundo entero sufriera cambios radicales en los biomas le parecía una exageración, propaganda política tal vez, pero no algo a lo que tuviera que prestarle atención, ¿qué le importaban a él los ambientes naturales? Hasta el día en que fue necesario conseguir un bosque para que fungiera como locación de las cuatro quintas partes de su siguiente película, que “sin duda sería un hit entre la crítica y un modesto éxito comercial”. Y entonces sí, demandó que se cumplieran sus designios: no importaba que los bosques “estuvieran extintos”, de todos modos “qué era eso de extintos”; a él no le iban a venir con pretextos ecológicos *woke*: había que “conseguir uno a toda costa”. Y, aunque su exigencia careciera de sentido, el Encargado de las Locaciones tenía la obligación de cumplirla, a riesgo de perder su puesto y todo eso que consideraba su prestigio. Las palabras del Productor fueron tajantes: era bosque o nada.

Y cuando él mencionara como alternativa la bien equipada y muy eficiente Unidad de Efectos Especiales Computarizados, el Productor casi le había escupido a través de la pantalla. No podía rebajarse a contratar a una serie de robots para que generaran la imagen de un bosque falso. Eso sería meterse un balazo en el pie: hace años que los escenarios virtuales habían caído en desgracia, ¡lo sacarían del circuito de premios por “no hacer cine de verdad”! El Encargado de las Locaciones suspiró. ¿Por qué no vivo en un universo paralelo?, pensó, en el que todavía quedan bosques y se puede filmar en ellos, y todo es fácil; o un universo paralelo en el que la gente siembra árboles nada más por gusto;

o un universo paralelo en el que una guapa Actriz Principal resuelve el asunto de las locaciones. Volvió a suspirar.

¿Así que era bosque o nada? El Encargado de las Locaciones le pidió a su asistente un expreso triple, para el dolor de cabeza, y volvió a escuchar, por séptima vez, el memorándum que había enviado el Señor Productor, voz pastosa, entonación de darse mucha importancia: era in-dis-pen-sa-ble conseguir un bosque para la filmación, el título lo decía todo: *Bosques de infancia*. La historia se basaba en la niñez de la abuela del guionista, a quien él le había prometido que lo filmaría con toda fidelidad; había sido su último deseo en el lecho de muerte.

El Encargado de las Locaciones se apretó el entrecejo con el índice y el pulgar, mientras que, con la otra mano, pulsaba de nuevo el botón de “asistente” en la pantalla táctil.

—Vamos a perder el tiempo —le dijo cuando vio aparecer su cara redonda.

—¿Cómo que a perder el tiempo?

—Sí: vamos a mandar solicitudes, a pedir dos audiencias con la división ecológica del gobierno y a pagarle a una compañía de *scouting* para que “encuentre” un bosque disponible. Eso nos da unos tres meses.

—Pero... —su asistente preguntó con tono de alarma—: ¿por qué quieres meternos en ese laberinto burocrático que no va a resolver nada?

—Porque —levantó un dedo el Encargado de las Locaciones, ya con el dolor de cabeza en remisión—, en esos tres meses tú y yo podemos encontrar otro estudio que nos contrate. Con esas condiciones, *Bosques de infancia* no se va a filmar nunca: no habrá bosque, de modo que no va a ser nada.

El Encargado de las Locaciones tuvo razón en todo. El laberinto burocrático se extendió durante once meses, en parte por necesidad y en parte porque, cuando él y su asistente dejaron esa productora para irse a trabajar a un estudio de animación, las solicitudes y exigencias pasaron por tantas manos que el Productor se convirtió en el hazmerreír del gremio por su ignorancia. Después de dos años de modificar el guion, adaptar varias secuencias a locaciones más o menos accesibles y despedir y contratar a tres directores distintos, la compañía productora decidió suspender de manera indefinida el rodaje de *Bosques de infancia* y despedir a ese Productor. El espíritu sin descanso de la pobre abuela del guionista nunca vería cumplido su último deseo.

-- -- -- -- --

El bosque. 1

Quiero plantar un árbol, piensa Citlalli (cuyo nombre significa “estrella”) antes de dormir. Esa mañana, la maestra de Ciencias Naturales, repasando los ecosistemas forestales, habló de los distintos tipos de bosques, de la deforestación y de la restauración ecológica. Les dejó de tarea una maqueta y una propuesta para trabajo de fin de año. Citlalli decide que plantar un árbol puede ser su proyecto final del curso escolar. Dibuja uno en su cuaderno y empieza una lista de lo que podría necesitar para el proyecto: agua, sol, tierra, una semilla o un árbol chiquito, de los que venden en el mercado de plantas.

Citlalli sigue investigando sobre árboles y bosques durante meses. Le gustan, sobre todo, algunos de sus nombres: ahuehuete, fresno, mezquite, arce, cazahuate; los paladea mientras los dice en voz alta y dibuja con mucho detalle, basándose en fotos y videos, los que más le gustan. Su lista ya abarca varias páginas, algunos renglones están tachados, y entrelazadas hay varias preguntas, por ejemplo: ¿cómo evitar las plagas naturales sin usar insecticida?, ¿es necesario el fertilizante químico? Al menos ha llegado a dos conclusiones: una, que no tiene sentido plantar un árbol solitario: viviría, pero estaría mejor en compañía de otros árboles; y dos: no importa si planta uno o varios, va a tener que dedicar mucho tiempo a cuidarlos para que crezcan adecuadamente. Este es un compromiso que se extiende más allá de un año de escuela.

B. La infancia del bosque

La asamblea del Sindicato de Hechiceras, Magos, Brujes y Personas Mágicas Asociadas (S-HMByPMA, por sus siglas) se había extendido ya por más de cinco horas y la hechicera Hécate sentía un dolor de cabeza insoportable, inabarcable, inaudito; le punzaban las sienes, tenía los dientes apretados y el ceño fruncido. Por lo tanto, se hallaba de pésimo talante y le urgía un café. El asunto principal del orden del día tendría que haberse resuelto semanas antes, pero al parecer se había complicado, como siempre, por culpa del Secretario Ejecutivo, que no le había mandado el presupuesto actualizado

a la compañía productora de películas y, entre malentendidos y retrasos burocráticos, ya había empezado el rodaje de un proyecto que se titulaba *La infancia del bosque*. Hécate sabía que, si se firmaba otro contrato con las nuevas condiciones, tendrían prestaciones básicas, más un incremento considerable en el pago; y gracias a que el proyecto prometía extenderse durante al menos un par de años, ella podría terminar de pagar la hipoteca, pensar en cambiar su coche... Pero ahora, por culpa de un secretario ineficiente como pocos, existía la posibilidad de que la compañía productora decidiera, ya no digamos pagar menos y emplear un número menor de personas mágicas (o PM, para abreviar), sino que podía echar atrás la oferta, no emplear a nadie y conformarse con hacer superposiciones de secuencias e imágenes de archivo que, con retoques y filtros, casi podían pasar por auténticas. Como resultado, las PM del Sindicato estaban a un pelo de gato de quedarse sin proyecto. Existía un elemento a su favor: la guionista, el productor y los dos directores (que acababan de casarse) habían acordado desechar la opción de filmar con una cámara microscópica en camas de musgos porque, aunque éstos podrían pasar por vegetación a macroescala, las imágenes resultaban demasiado inquietantes y siniestras, lo que le hubiera dado a su película una estética de terror sobrenatural muy alejada de lo que buscaban para su proyecto cinematográfico.

La única ventaja real que tenía ese Sindicato radicaba en que, a pesar de que los dos directores habían indicado que era in-dis-pen-sa-ble filmar en un bosque real (el título indicaba todo: *La infancia del bosque*), debido a la debacle más reciente en materia climática, había una escasez alarmante de todo tipo

de bosques (y de arrecifes, y de otros varios ecosistemas), por lo que ya se había aceptado una legislación panterritorial en la cual quedaba estrictamente prohibido usarlos para ningún fin comercial, incluso si ese fin caía bajo el rubro de “explotación regulada”, que muchas compañías seguían promoviendo junto con algunos gobiernos. Uno de los varios resultados de esa prohibición era que los estudios de cine contrataban a PM para que *crearan la ilusión* de ciertos escenarios que ya eran inaccesibles o demasiado costosos. La acción de reproducir entornos naturales idénticos a los reales con efectos ilusorios (o EI, para diferenciarlos de los efectos especiales) era una tarea ardua e ingrata, requería años de entrenamiento, varias horas de preparación antes de cada sesión, y resultaba extremadamente agotador para las PM. Por no hablar de un (obtuso) círculo entre la crítica que desdeñaba las películas con efectos ilusorios: consideraban que simular un escenario con magia “no era cine de verdad”, y sólo admitían en los circuitos de premios más prestigiosos películas filmadas en locación. Para el caso, lo que a Hécate le importaba no eran el cine, el arte ni los debates técnicos, lo que a ella le importaba era que este asunto en particular se resolviera a favor de su Sindicato, les dieran trabajo a varias personas mágicas, empezando por ella, y que todo el lío se resolviera cuanto antes, porque esa asamblea en particular ya se había extendido mucho más allá de lo soportable.

Luego del receso, el tercer tarro de café (más un pequeño hechizo para reforzar sus beneficios) ayudó a que disminuyera la cefalea, pero no le quitó del todo el mal humor. Por qué no me quedé como *freelance* en vez de meterme en laberintos burocráticos, como me decía mi agente; los sindicatos sí están

quedando obsoletos. O por qué no vivo en un universo paralelo en el que todavía quedan bosques y se puede filmar en ellos, y todo es fácil; o en un universo paralelo en el que sí existen los dragones y ellos son los dueños de los bosques, o en un universo paralelo en el que la gente puede simular escenarios naturales por computadora, eso sería genial. Hécate fantaseaba, a la espera de que se ocuparan todos los asientos del auditorio. Tenía claro que, si la negociación no resultaba favorable, nadie le aseguraba que ella quedara entre la selección de PM que emplearía la producción de *La infancia del bosque*. Su futuro económico, al menos a mediano plazo, estaba a punto de definirse.

El Secretario General carraspeó, pronunció un hechizo para silenciar todas las voces, excepto la suya, y crear un efecto de altavoz, luego empezó a leer el informe. En resumen, por falta de profesionalismo de parte del S-HMByPMA, el estudio había decidido no sólo retirar la oferta, sino que hacía oficial la reclutación de personas mágicas independientes, que trabajaran fuera de la legislación del sindicato. Quedaba sobreentendido, añadió el Secretario General, que cualquier afiliado que se prestara a semejante irregularidad sería considerado traidor y vendido, se le suspendería la membresía durante seis meses y se le sancionaría con diez días de salario mínimo.

Durante unos segundos, el aire se espesó un poco, mientras la concurrencia digería la mala noticia. De repente, alguien rompió el hechizo de silencio y se empezaron a escuchar murmullos de protesta. Alguien más materializó una caja de archivo muerto, sacó las hojas y las arrugó para lanzarlas con fuerza al escenario. Una maga de pelo muy verde se puso de pie, levantó el puño y entonó a los gritos varias consignas a

favor del libre empleo, a las que se sumó la mitad de la asamblea. Y un grupo de brujos muy ancianos reunió con una velocidad impresionante un montón de pañuelos, retazos de tela y algunas de las hojas arrugadas, que flotó en el aire antes de adoptar la forma un insulto tan extremo y contundente que el Secretario General tuvo que reprimir las lágrimas. Hécate no se sumó a las protestas porque tenía que pensar rápidamente en una solución, pero mientras meditaba el mejor curso de acción, admiró la combinación de caligrafía, conocimientos etimológicos, inventiva y velocidad del grupo de brujos que eran, en verdad, demasiado viejitos (¿y qué esos dos glifos no le daban también el tono de maldición permanente al insulto?). Se apretó el entrecejo con el índice y el pulgar, mientras que, con la otra mano, tecleó un mensaje para su representante: “A la mierda. Vamos a mandarle mi currículum al estudio: que me contraten para coordinar una de las unidades de PM para *La infancia del bosque*. Mis requisitos: prestaciones al *full*, un contrato irrevocable por el tiempo que dure el proyecto y el nombre completo en los créditos de todas las PM que colaboremos con esta película, nada de ‘Unidad de Ilusiones Especiales’ ni agujeros en el contrato”. Ya les pagaré su pinche multa y hasta me conviene que me suspendan; este contrato va a durar mucho más que la sanción. Esto último lo dijo en voz alta, mientras se abría paso a empujones para salir del auditorio. El caos seguía extendiéndose, el Director General intentaba continuar con la asamblea, al mismo tiempo que gesticulaba inútilmente para desaparecer el insulto que seguía colgando en el aire, cada vez más grande, debido a la suma de otros pañuelos,

servilletas medio usadas y hechizos reforzados de magos y brujes que no sabían si perseguir al Director o renunciar al Sindicato.

Los últimos retoques de efectos ilusorios para *La infancia del bosque* se terminaron veintidós meses después de la disolución del Sindicato de HMByPMA. El Secretario General tuvo que conseguirse un segundo empleo de medio tiempo como promotor de miniglobos terráqueos animados para el sector educativo, y la hechicera Hécate compró un vestido espectacular para el estreno internacional de la película. Por desgracia, el día del estreno nunca llegó porque la pareja de directores se divorció y entró en una batalla legal en la que la mayor disputa se concentró en ese proyecto, el único que habían dirigido en tándem. Al final del pleito, un juez decidió que enlataran la película para siempre, evitando de tajo decisiones puntillosas y estúpidas, como quién saldría primero a recibir los aplausos o cuál de los dos nombres encabezaría los créditos. Hécate decidió estrenar su vestido en un baile de Solsticio de Invierno del nuevo Comité de PM, que también se había formado después de la disolución del Sindicato. Le daba un poco de tristeza no haber podido ver la versión comercial de la película, pero al menos había terminado de pagar la hipoteca y ahora manejaba un coche nuevo, cómodo y más espacioso que el anterior. Excepto por un par de proyecciones a puerta cerrada para el personal y para los ejecutivos del estudio, nadie vio jamás *La infancia del bosque* y las dos únicas copias se quedaron extraviadas en los archivos de un juzgado de lo civil.

El bosque. 2

El día de su exposición, Citlalli llega bien preparada: lleva una presentación con diapositivas y una maqueta bifrontal con el ciclo de un árbol, desde su germinación hasta su madurez (la plántula está representada por un frijol germinado) de un lado, y un bosque del otro; en el bosquecito no sólo se ven árboles y animales (que modeló ella misma), también están representados algunos hongos minúsculos, arbustos y varios tipos de flores hechas con papel de colores. Yo quería plantar un árbol, concluye, pero ahora quiero plantar muchos. La maestra le dice que es un proyecto hermoso y le deja de tarea investigar sobre micorrizas y micelios. Una de sus compañeras, Alma, levanta la mano y pregunta si la puede ayudar a sembrar los árboles y que compartan el proyecto de fin de año. Citlalli piensa, contesta que sí: puede ser un trabajo en equipo, pero Alma se tiene que comprometer. La maestra sonríe.

C. Los brotes del bosque

Alin siente que le va a estallar la cabeza de dolor. Luego de desconectar la llamada con su jefe, el Productor, hasta está viendo fosfenos. Le urge un café, pero antes tiene que concertar una videoconferencia con la Encargada de las Locaciones, una mujer eficiente, inquieta y gritona, porque a su jefe le urgen un hangar abandonado, la punta de una torre gótica y un bosque:

la nueva película, *Los brotes del bosque* (título provisional), debe empezar a filmarse antes de que acabe el año. Alin está segura de dos cosas, una, que la Encargada de las Locaciones es capaz de conseguir el hangar y la torre en menos de dos horas; y dos, que va a ser muy, muy difícil que incluso ella consiga un bosque en menos de dos años.

Alin se aprieta el entrecejo con el índice y el pulgar, mientras que, con la otra mano, pulsa el botón de “frecuentes” que despliega un menú de nombres. Desde la pantalla, Bere la mira con preocupación.

—¿Alin, estás bien?

—No, me va a estallar la cabeza, pero necesito que le digas a tu jefa que a mi jefe le urge hablar con ella: necesita tres locaciones para *Los brotes del bosque* (título provisional). Y no vas a creer lo que mi jefe le va a pedir esta vez.

Si no fuera por el dolor que le rebota al interior del cráneo, Alin hasta se reiría.

Desde que entrara en vigor el Decreto Internacional de la Preservación de todos los Ecosistemas Nativos del Mundo (firmado por más de ciento cincuenta países) todos los territorios tipificados como bosques son propiedad de la iniciativa privada, por lo tanto, nadie tiene acceso a ellos para filmar, ni para vacacionar y, en la mayoría de los casos, ni siquiera se permite el senderismo o el turismo, a menos que se cuente con los permisos adecuados y se cubran las cuotas requeridas. Desde el punto de vista del activismo climático, el panorama es excelente, desde el punto de vista de la compañía productora, desalentador: casi todos los bosques del mundo volvieron a ser

extensiones de terreno prácticamente silvestres, sin intervención de manos humanas.

La Encargada de las Locaciones no se rehúsa a conseguir los tres escenarios, pero le advierte al Productor que es casi imposible tramitar los permisos en menos de catorce meses, por no hablar de las tarifas prohibitivas. El Productor no quiere oír hablar de tarifas ni de imposibilidades: es in-dis-pen-sa-ble que el rodaje de *Los brotes del bosque* se lleve a cabo en un bosque (fue el deseo expreso de su padre, antes de desaparecer en una última misión militar submarina), y el costo no importa.

—Seguramente —dice el Productor con condescendencia—, en un universo paralelo tienen muchísimo tiempo para filmar la película, o hay un universo paralelo en el que usan la magia para hacer aparecer y desaparecer bosques y mares, o hay otro universo paralelo en el que alguien siembra un bosque sólo como pasatiempo, pero *en este* universo, añade levantando la voz, el tiempo es prioridad y el dinero no es un impedimento, así que es bosque o nada.

Una semana después, Alin le reenvía a su jefe, el Productor, los convenios firmados con los permisos para el hangar y no sólo una torre, sino todo un templo gótico. Piensa que esa resolución rápida lo va a alegrar, pero en vez de eso, escucha a través de la puerta una serie de maldiciones y palabrotas y, acto seguido, ve la luz parpadeante que le indica que la requiere en su oficina.

—Alin —le dice en cuanto ella entra—. ¿Tenemos otra compañía de *scouting*? —Ella niega con la cabeza (sí tienen, pero ninguna tan eficiente)—. ¡Putísima mierda!, nada más necesitamos los permisos para grabar en un mugre bosque, ¡un pinche bosque genérico, de pinos, o de arces o de los árboles que

sean! Cualquier bosque del carajo, como los que salían en las películas viejas de Navidad, o con historias de espías que se iban a esconder a una cabaña en un pinche monte.

Alin ya está acostumbrada a los gritos y maldiciones de su jefe y sabe que no es nada personal, pero lo escucha con atención, porque siempre acaba diciendo cosas útiles; de repente, entre una exclamación y otra, lo interrumpe para decirle que acaba de recordar algo importante:

—Cuando era niña, tenía un tío que iba de vacaciones a una cabaña como de cuento, estaba hecha de troncos y estaba rodeada de muchos pinos; mi familia iba allí de paseo y, si no recuerdo mal, podíamos caminar durante muchísimo tiempo y los pinos no se acababan. A lo mejor era un bosque o...

Ahora es el Productor quien la interrumpe a ella:

—¿Cómo que “tenías”?, ¿qué le pasó a tu tío?

—Ah, no le pasó nada, se divorció de mi tía; yo visité la cabaña dos o tres veces, con mis primos, en Navidad.

El productor la mira con fijeza y luego, con anhelo, respira profundo y le dice:

—Alin, si encuentras a tu tío y logras que nos preste su cabaña para filmar allí, le pagamos la tarifa más alta, y a ti te subo el sueldo, te doy una semana más de vacaciones y pongo tu nombre completo en los créditos finales como parte de la producción.

Alin llama a su madre, quien le da el número de su tía; su tía le da el número de uno de sus hijos (su primo); después, su primo tercia la llamada con su hermana (la prima de Alin) y, finalmente, recibe un mensaje de su prima con los datos del

señor que era su tío, o bueno, es el papá de sus primos y el exesposo de su tía. Antes de contactarlo, Alin llama a su amiga.

—Bere, ¿adivina qué?: resulta que yo tengo el contacto del dueño de un bosquecito cerca de Canadá, ¡era mi tío!, bueno, es el papá de mis primos. Y a lo mejor su bosque nos puede servir para ir a filmar *Los brotes del bosque*.

—¡Alin, eres una bala! Oye, ¿estás segura de que quieres seguir como asistente de ese lépero?, mejor vente con nosotras de *scouter*.

Alin se ríe y, aunque sopesa la oferta de su amiga, acaba por declinar.

—Yo creo que sí me voy a quedar acá, Bere, mi jefe será muy lépero, pero en el fondo es buena gente; además, gracias a que yo sola conseguí la locación de la película, estoy a punto de convertirme en productora junior. ¿Puedo colaborar con ustedes como *freelance*?

El bosque. 3

Alma y Citlalli, que pasan cada vez más tiempo juntas, deciden que van a sembrar especies nativas que puedan convivir bien. Tienen que solucionar un asunto fundamental: dónde van a sembrar sus árboles. La maestra habla con la directora, quien habla con el comité regional: a pocos kilómetros, hay un espacio (propiedad de la escuela) que se usa para prácticas de campo y algunos deportes; un año antes se había destinado a un huerto urbano, pero el proyecto no se había echado a andar. Les pueden

prestar una parte, suficiente para que empiecen a preparar el terreno y, antes del fin de curso (dentro de tres meses), puedan empezar a sembrar sus árboles. Las dos se ponen muy contentas. Alguien más levanta la mano y pregunta si puede unirse a su equipo, ellas dicen que sí y abren la invitación a todo el salón.

-- -- -- -- --

D. Los brotes de mi infancia

Estimada comunidad lectora: de acuerdo con los últimos informes que han llegado a esta redacción, el tan esperado proyecto con el título *Los brotes de mi infancia* ha sufrido un retraso considerable debido a la falta de disponibilidad de bosques en el mundo, locación principal en que se desarrolla la historia. Cuando esta unidad reportera trató en repetidas ocasiones de establecer contacto con la coordinadora del departamento de producción, recibió evasivas y la promesa de una videoconferencia que, hasta hoy, no se ha concretado, presumiblemente debido a los agudísimos dolores de cabeza que sufre la interpelada. Esta unidad reportera confiesa que le resulta difícil comprender los padecimientos fisiológicos de las personas humanas, debido a que tiene un cerebro positrónico, compuesto por chips y nanocables, por lo que “un dolor de cabeza insoportable, inabarcable e inaudito” le parece más un pretexto que una razón válida para evadir una investigación necesaria e interesante para su público. Contamos, sin embargo, con la siguiente información verificada: un bosque es un terreno que se extiende por más de media hectárea, está dotado de

árboles de una altura superior a 5m y de una cubierta de dosel superior al 10% o de árboles capaces de alcanzar esta altura *in situ*. Tomando en cuenta la escasez de agua que asola el planeta, es lógico que el número de espacios que cumplen con estas características en todo el mundo haya disminuido drásticamente en la última década; en el año en curso, el número de bosques asciende sólo a diecinueve, de los cuales, únicamente cinco se encuentran disponibles para su explotación regulada, es posible usarlos para vacacionar y practicar el senderismo o el turismo o para el rodaje de películas (lo que entra en la categoría de explotación regulada), pero es necesario realizar una gestión muy específica para obtener los permisos con varios meses de antelación, por no mencionar las tarifas obligatorias, que son tan altas que se vuelven prohibitivas.

En esta redacción sabemos que sólo podemos reproducir información verificada, pero, en beneficio de la comunidad suscriptora de este patronazgo, tenemos que reportar también los rumores. *Disclaimer:* a continuación se reproducen tres rumores. Uno: que en las colonias extraplanetarias ya hay tres bosques completos, idénticos a los de la Tierra, pero sus dueños se niegan a abrirlos para uso humano. Dos: existe el rumor de que en un universo paralelo no hay crisis climática y sí hay bosques, la gente los usa y son parte de la vida pública (este es el rumor más improbable de todos y el menos útil, porque aunque los universos paralelos existieran y tuvieran bosques sanos y abiertos al público, no se ha comprobado la posibilidad de transportarse entre un universo y otro, mucho menos llevar a cabo un rodaje interdimensional). Y tres: en *esta* realidad, todo parece indicar que la producción de *Los brotes de mi*

infancia sencillamente no cuenta con los permisos adecuados, dado que no se llevaron a cabo en tiempo y forma, y la compañía productora no cuenta con los patrocinios ni fondos suficientes para financiarlos. De ser verdad este rumor, y a menos que en el *script* cambiaran las locaciones a un entorno diferente, lo que daría como resultado una película también diferente, existe la posibilidad de que cancelen este proyecto.

Estimada comunidad lectora: esta unidad reportera continúa la investigación del caso de *Los brotes de mi infancia* y finalmente logró establecer contacto con la coordinadora de producción. Sin embargo, la información que esa persona proporcionó resulta de poquísima utilidad, por lo que no vale la pena reproducirla. Baste con remitirnos a los datos más recientes (*disclaimer*: algunos están en proceso de verificación): todo parece indicar que la productora no cuenta con los fondos suficientes para financiar algo tan básico como la locación de esta película, que gracias al actor principal y, sobre todo, a su directora, prometía convertirse en un hit entre la crítica y un modesto éxito comercial. Todo parece indicar también que el guion original, autografiado, podría someterse a subasta para recuperar algo de los costos ya invertidos, pero de eso tendremos que informar en cuanto hayamos verificado la información, pues como bien saben ustedes, no podemos reproducir rumores.

Estimada comunidad lectora: les traemos el último dato sobre la película *Los brotes de mi infancia*. El proyecto queda cancelado. Una fuente anónima informó a esta redacción que la productora no pudo superar las primeras fases de gestión para conseguir las locaciones adecuadas, la directora y

el guionista se negaron tajantemente a cambiar el *script*, y la casa de subastas está a punto de incorporar a su catálogo de la temporada de Otoño el guion completo, con notas manuscritas y la firma autógrafa de al menos dos personas involucradas en el desarrollo del proyecto. Por desgracia, el catálogo está disponible únicamente para personas humanas y el acceso a su contenido tanto como la posibilidad de puja está vetado para las IA. Pero ha llegado un rumor a la redacción, y aunque no somos partidarios de esparcir rumores, es nuestra obligación informarles de todas las piezas que entran en juego en nuestros reportajes. *Disclaimer:* a continuación se reproduce un rumor. Todo parece indicar que la persona con la puja más alta del *script* de *Los brotes de mi infancia* está dispuesta a liberarla *online*, para ponerla a disposición de cualquiera que desee conocer esa hermosa y nostálgica historia que, al menos en su imaginación, se desarrolla en un bosque.

El bosque. 4

Un mes antes del fin de cursos, la maestra se lleva a todo el salón para que ayude con el “Proyecto Bosque” (como acabaron bautizándolo), a cambio de subirles a todas y todos un punto en la calificación final. Cada quien lleva algo: semillas, plántulas, brotes húmedos, sacos de tierra negra o de composta, palas cortas, cuerda, tijeras, tela de malla para hacer fundas, sándwiches, galones reusables de agua, fruta fresca. ¿Podemos echar los restos de comida en la composta, maestra? Sí, pero

nada de papel, no importa si es “ecológico”. Mientras todas las manos cavan, riegan o siembran, las chicas y chicos juegan a los universos paralelos y se comunican las opciones a los gritos: uno en el que hacen las pelis con brujas y magos. Sí, y uno donde está prohibido explotar los bosques. Sí, y también uno en el que los dragones son como los tiburones: restos de una era prehistórica. Sí, pero también uno en el que ya se acabaron los bosques por la crisis climática y todos sufren y la pasan mal... Y así continúan, mascando naranja y lanzándose por sorpresa puñados de lodo.

Citlalli y Alma terminan, igual que el resto del grupo, manchadas de lodo, sudadas y felices. Ponen un cartelito de madera que dice “Proyecto Bosque. 1° B” y la fecha del cierre del año escolar. Entre ellas, la maestra y el resto del salón, plantan una extensión de varios metros cuadrados, con cuidado de dejar un espacio considerable entre una mata o semilla y otra. No saben cuántos brotes sobrevivirán ni si todas las semillas lograrán germinar, pero se comprometen a seguir cuidando su arboleda durante segundo y tercero; incluso hacen una tabla con todos los nombres, para repartirse las tareas de riego y mantenimiento.

E. El bosque de líquenes

No han dado ni las nueve de la mañana y la Actriz Principal siente que le va a estallar la cabeza de dolor. La Directora-Productora de *El bosque de líquenes* ya le mandó tres mensajes, su asistente personal solicitó dos veces la confirmación

del despertador y su estilista acaba de mover la cita para una hora antes, con el pretexto de que tiene que salir de la ciudad. Pero ella sabe muy bien que todos están confabulados para presionarla porque no confían en su puntualidad. Gracias a una serie de accidentes afortunados, la Actriz Principal llega a la reunión justo a las doce con diez minutos.

A las cuatro de la tarde, la Actriz Principal sigue preocupada por el resultado de la reunión: volvieron a posponer el inicio del rodaje de *El bosque de líquenes* porque todavía no consiguen el bosque que será la locación principal. Pulsa un botón para pedirle a su asistente personal que le traiga un café y se arrepiente de inmediato, pues ya no queda café disponible. Debido al profundo impacto ecológico que tenían los sistemas tradicionales de siembra, cosecha y producción, la Coalición de Estados de la Nueva Ecología vetó los cultivos cafetaleros (aunque era un secreto a voces que en algunos países había siembra ilegal). Las últimas reservas comerciales se terminaron un año antes. La Actriz Principal había logrado abastecerse de grano verde, a precio exorbitante, gracias al clásico sistema de favores y contactos, pero hasta sus reservas se terminaron hace un par de meses, la empresa tostadora había quebrado y ahora ella se encuentra forzada a desintoxicarse. Si pide café, puede que le lleven dos cosas: agua caliente con un polvo que pretende ser una imitación o, peor, una bebida de achicoria. Blugh. Si tan sólo se hubiera hecho adicta a la cocaína, como le decía riéndose su primer agente, su vida sería más fácil.

Las punzadas detrás del entrecejo, producto de la falta de cafeína, no la dejan pensar con claridad. ¿Cuál es el problema con el bosque? Se toma un chai malhecho y engulle una tableta

de chocolate negro, luego vuelve a revisar los correos y mensajes del proyecto en curso. El problema es que este bosque en particular es propiedad privada y el dueño no quiere firmar el permiso; ya no hay ningún otro terreno disponible que entre legalmente en la categoría de bosque, y los que sí entran en esa categoría ya están comprometidos durante los siguientes tres años. ¿Quién es el propietario de éste en particular? Su asistente no sabrá hacer infusiones, pero por lo demás es supereficiente; media hora después, le informa que el propietario es uno de los últimos dragones del mundo. Ese bosque es el tesoro que ha cultivado durante más de doscientos cincuenta años y se niega a que los humanos lo echen a perder con un acto tan banal como filmar una película.

La Actriz Principal es una mujer muy inteligente, a pesar de lo que se rumora en ciertos círculos en los que se considera que ella sólo hace proyectos demasiado comerciales que “no son cine de verdad”. Por lo mismo, *El bosque de líquenes* promete ser la cúspide de su carrera. Si no se hace ninguna intervención estética, esta es su última oportunidad de explotar su etérea belleza natural, sin retoques ni filtros visuales. Se resigna a pedirle a su asistente otro chai y se sienta a un lado de la ventana. Necesita una solución, y cuanto antes, mejor. Llama a la Directora-Productora:

—¿Qué tan necesario es que la locación sea un bosque?, ¿o se podría filmar, por ejemplo, en una tundra sin legislación o en algún parque grande? (Hay árboles y líquenes, ¿no?)

La Directora-Productora responde que es in-dis-pen-sa-ble filmar en un bosque, y que no está dispuesta a transigir: en el divorcio, cuando se repartieron los proyectos ella y su exmarido,

una de las condiciones fue que algunos aspectos de este guion en particular no se modificaran o ella perdería los derechos. Y no está dispuesta a regresarle los derechos del *Bosque de líquenes* a ese bastardo; además, el contrato con la compañía productora está blindado: si no se respetan las condiciones al pie de la letra, la película se cancela. En conclusión: es bosque o nada.

Cuelgan. En ocasiones como esta, la Actriz Principal fantasea con que vive en un universo diferente al suyo, por ejemplo, un universo paralelo en el que no sólo hay dragones, también hay hechiceras y magos que colaboran en las películas con su magia, o en un universo paralelo en el que la asistente de la directora logra conseguir la locación y eso resuelve el asunto. O, piensa, si tan sólo viviera yo en un universo paralelo en el que sí hay café; luego suspira.

Los dragones son famosos por su avaricia, pero también por su vanidad, no en balde son legendariamente fotogénicos. La Actriz Principal va por su tercera tableta de chocolate, cada vez más negro, y lleva varias horas mirando el catálogo de títulos de su colección fílmica, cuando da con la copia de una película en blanco y negro que recuerda vagamente, *King Kong*. Lee la sinopsis y algo en su mente estratégica hace clic. Vuelve a llamar a la Directora-Productora, quien empieza por insultarla a los gritos porque pasan de las once de la noche y no son horas, pero se va tranquilizando cuando ella le explica su idea.

La Directora-Productora llega de manera inesperada a las doce del día a la casa de la Actriz Principal (quien sigue en pijama y tiene dolor de cabeza por la maldita abstinencia de caféina). Quiere que vuelvan a consultar al Director de Casting y a su abogada, para asegurarse de que el cambio no afecte la

integridad del proyecto, de modo que su exmarido no la pueda demandar.

—¿Estás segura de que funcionará? —le pregunta a la Actriz Principal, que se toma el segundo chai del día de un solo trago.

—Claro que funcionará: a Kong se lo llevan a Nueva York, ¿no?, bueno, ese es el problema. Acá lo que vamos a hacer es llevar a la doncella al bosque, e invertiremos los papeles: la doncella, esa soy yo —sonríe coqueta y se lleva las manos al pecho con gesto delicado— se encuentra en un ambiente ajeno, extraño, y teme que el bosque quiera hacerle daño, ¡tiene miedo de los líquenes! Pero el Dragón la protege, aunque sea metafóricamente para que no te demanden por hacerle cambios radicales al guion. Como los monstruos de las películas antiguas, él sólo aparecerá hasta el final, pero ¡qué final! (y hace un gesto tan grandilocuente que tira la taza vacía): épico, apoteósico, misterioso y, con tu talento, superbien filmado, claro, para resaltar la belleza terrible y oscura del Dragón. Cuando acepte, tiene que concederte el permiso legal de usar su bosque para el rodaje, y claro que va a aceptar, la carnada es demasiado apetitosa (y gesticula abarcando todo su cuerpo).

La Directora-Productora sigue preocupada, pero si lo que dice la Actriz Principal tiene sentido y funciona, *El bosque de líquenes* puede ser el primero de muchos triunfos con los que complazca a los críticos, al público en general y hasta a los historiadores, tomando en cuenta que los dragones pasaron de moda en el cine al menos unos cincuenta años antes.

El lunes siguiente, la Actriz Principal llega a la sala de juntas radiante, encantadora y puntual (su asistente al fin encontró tabletas de cafeína con la dosis adecuada). La

Directora-Productora y ella miran al Director de Casting con aprehensión: el futuro de *El bosque de líquenes* y el futuro profesional de ambas está a punto de definirse. El Representante y Agente del Dragón, un hombre alto, fornido y agradable llega a la cita en el momento exacto. Después de algunas horas de parlamento, negociaciones, ofertas económicas, persuasión, contraofertas, una canasta de bocadillos y una botella de vino tinto, el Representante y Agente concluye que ya han quedado establecidas las condiciones necesarias para cerrar el trato (él mismo cuenta con el poder notarial para firmar los documentos necesarios). Sólo falta el último detalle: una videoconferencia con el propio Dragón para probar la química con la Actriz Principal. En la pantalla que abarca el muro del fondo de la sala aparece, poco a poco, la enorme cabeza escamosa e irisada. La Actriz Principal le brinda la sonrisa más encantadora que le ha dirigido a alguien en toda su vida. Los ojos del Dragón destellan con deleite.

El Bosque de la Estrella. 5

Citlalli no lo sabe, pero aunque la mitad del grupo se irá dispersando entre ese verano y el último del tercer curso, el Proyecto Bosque será un triunfo (gracias a las condiciones del suelo, entre otros varios factores). La extensión arbolada va creciendo y año con año, nuevos integrantes que entran al curso de primero se integran a la manutención y cuidado de los árboles. Alma y Citlalli se casan en una ceremonia

simple, bajo la fronda del primer ahuehuete que sembraran juntas; la maestra del primer curso que las ayudó a echarlo a andar, les pide que entierren sus cenizas al pie de cualquiera de los árboles de alrededor. Décadas después, la escuela cede el terreno completo al proyecto y Citlalli (que habrá estudiado biología, botánica y ecología), obtiene del gobierno de la Ciudad la cesión de otras dos extensiones de una hectárea cada una y la custodia legal del terreno completo. Muchas de sus excompañeras y excompañeros continúan apoyando el proyecto y, con el tiempo, sus hijos e hijas, a quienes se sumarán también las siguientes generaciones.

La ciudad cambiará de configuración, al grado de irse desvaneciendo de manera paulatina y pacífica. El Estado cederá tres o cuatro hectáreas más y el Proyecto Bosque, que poco a poco irá formando su propia micorriza, recibiendo especies variadas de animales y hongos e irá extendiendo su soplo de vida, crecerá, literalmente, hasta convertirse en un ecosistema independiente.

Citlalli no sabe nada de esto, pero guarda ese anhelo en su corazón, junto con el nombre más íntimo de su esposa. Y durante el resto de su vida, continúa colaborando con proyectos de reforestación, siempre colectivos, siempre a largo plazo. Tampoco sabe que muchos de los primeros árboles desaparecerán por selección natural, para dar paso a especies más adecuadas, algunas transportadas por los polinizadores y otras, sembradas con amor por descendientes de aquella primera camada de adolescentes que, en medio del bullicio y aventándose gajos de naranja a medio masticar, depositaron en la tierra brotes y semillas, gracias a la idea de una muchachita

que una noche quiso plantar un árbol y al decir árbol dijo secretamente bosque. Una idea que se materializará, más de un siglo después, en el Bosque de la Estrella.

Libia Brenda es escritora, editora y traductora. Es autora del libro de cuentos *De qué silencio vienes* (BUAP, 2023), coautora del libro de biografías *Mis pies tienen raíz. Mujeres del mundo de habla hispana* (Océano, 2022) y de la noveleta *Cosmic Fire* que se publicará como parte del libro *Climate Imagination. Dispatches from Hopeful Futures*, en diciembre de 2025 (The MIT Press). Ha publicado en diversas antologías, revistas y medios impresos y digitales de México y otros países. Hizo la selección, introducción y traducción de *Los huesos de la Tierra y otros cuentos*, de Ursula K. Le Guin (UNAM, 2024). Desde 2021 coordina Odo Ediciones, una editorial autogestiva especializada en géneros especulativos. Ha sido finalista a un Hugo Award en dos años consecutivos, 2019 y 2020.

Redes sociales y web:

IG: @libia_brenda_

X: @tuitlibiesco

Web: odoediciones.mx

— • —

LOS NIÑOS NO NACEN EN INVIERNO

MALENA SALAZAR MACIÁ

A Xiel le habían dicho que las niñas con su condición no podían llorar.

No significaba que debían injertarse parches para controlar las emociones y que no estorbasen en situaciones que requiriesen tomar medidas extremas, sino porque en la garganta de Xiel, desde que lanzó su primer llanto, crecía un cristal: una espina similar a un trozo de plástico transparente. Cada contracción violenta de los músculos nasofaríngeos, grito, o nudo a causa de un sollozo, aceleraba el crecimiento del cartílago.

Xiel, a pesar de lo extraordinario de su supervivencia, moriría a los diez ciclos de vida, como todos los nacidos fuera de la Ventana de Luz.

Su alumbramiento sucedió durante el invierno más largo en veinte generaciones. Su madre, Venina, mantuvo su gravidez oculta. Para que no extinguieran la esperanza que todavía no tenía nombre, protegida en su útero constreñido por vendajes. Para que la criatura tuviera una oportunidad de gritar, aunque después su vida transcurriese entre susurros.

Cuando llegó el momento, Venina se arrastró hacia el ala cerrada de la estación orbital Aeter. Dio a luz sola, agachada sobre un módulo térmico donde tuvo fuerzas suficientes para sostener la cabeza de su hija y expulsar la placenta. No hubo parteras que entonaran cantos para aliviar el dolor ni ofrecieran una melodía única a un nuevo miembro de la estación. Mucho menos, hubo registro oficial. Solo el zumbido de los sistemas de soporte vital y una ginoide errante que grabó con su lente roto el ciclo unido del nacimiento y la muerte.

Venina fue incinerada por protocolo de la ginoide, la cual le otorgó el entierro cósmico. Y grabó la última canción que bailó en su lengua. No figuraba en ningún archivo vocal.

Antes de expirar, Venina regaló algo más que su hija. Escupió su perla: opaca, imperfecta, envuelta en sangre coagulada y construida con filamentos de seda tejida. Mientras la bebé lanzaba su primer y único llanto, la ginoide logró grabar en la perla la canción de Venina. La última perla que NANA, la IA de la estación, había sido capaz de incubar. Después de esa, no hubo más. Solo las residuales, generacionales, que quedaban en las entrañas de los habitantes de Aeter.

La arquitectura de NANA, diseñada para contener los cantos de las almas en hilos de seda de araña y plata, había empezado a degradarse por interferencia genética: generaciones de humanos enclaustrados desembocaban en endogamia progresiva, lo cual había causado la aparición de la espina en la garganta de los niños de invierno; su programación fue infectada por siglos de sobreescrituras corruptas. NANA cantó por última vez al crear la perla de Venina, hija del vacío. Después, dejó de tejer. Lo único que hacía era murmurar estática.

Xiel, junto a la perla de su madre, fue recogida por la ginoide nómada y llevada a una sala neonatal abandonada. El único bebé del cual iba a ocuparse. Porque la droide lo sabía: últimamente, en contra de las canciones que una vez dictó NANA, los humanos sacrificaban a los niños de invierno para evitarles la desgracia de una existencia trunca. También, cada vez más droides se desprendían de sus amos de carne como hojas muertas y deambulaban por la estación mientras realizaban acciones aleatorias sin acatar comandos.

Xiel no fue amamantada. La ginoide la alimentó por tubos para no dañar su espina y la monitoreó a través de viejos protocolos que contenían un listado de comandos para lidiar con su condición: albina, de pestañas traslúcidas, quebradizas, piel de vidrio mate, porcelana frágil y efímera. Cada niño nacido en Aeter tenía en la cabeza un patrón de trenzas pegado al cráneo, un código de lo que sería, cuánto iba a vivir, y su propósito una vez que se tragaban la perla de sus progenitores al cumplir cinco ciclos. En cambio, el cabello amarillento de Xiel, que trazaba su patrón de trenzas, no figuraba en ningún registro. Era un idioma torcido, un código deshilachado. Era imposible de descifrar.

Los habitantes de la estación descubrieron a Xiel en su cuarto ciclo cuando la ginoide, en uno de sus vagabundeos, la llevó de la mano a la zona habitada. Causó una conmoción. Una niña de invierno oculta por una ginoide errante. La estática de NANA había bloqueado cualquier incursión al ala abandonada de la estación. Gracias a eso, Xiel creció lejos de inyecciones mortales, en silencio, sin poder ingerir alimentos sólidos, solo a través de tubos, papillas y líquidos que bordearan su cartílago

fatal. Llevaba la perla de Venina en un saquito colgado sobre el corazón. Las leyes en Aeter prohibían privar de existencia a los niños mayores de un ciclo. Xiel se había burlado de la burocracia.

Al llegar a los cinco ciclos, los ancianos intentaron que se celebrara el ritual de tragar la perla, el legado de Venina. Y aunque las comadronas y videntes ciegas entonaron todas las canciones, no pudieron deslizar la esfera opalina a través de la espina.

—¿Por qué no puedo tener la perla de mamá? —preguntó Xiel a los ancianos con una voz que era menos de un suspiro—. La ginoide dice que, si me trago la perla, podré ver a mamá. Podré escucharla. Ella estará siempre conmigo y me enseñará nuevas canciones y rostros. ¿Por qué no puedo hacer eso?

Nadie le respondió. El silencio de la recámara solo era roto por la estática de NANA. Avergonzados, apartaron la mirada como si ella fuese tabú y se marcharon del salón, uno por uno, como si tuvieran cadenas en el cuerpo.

Cuando Xiel alcanzó los seis ciclos, la ginoide errante que había tomado el rol activo de guardiana, le llevó todos los hololibros que encontró y hablaron de las tejedoras: mujeres que creaban perlas a partir de seda de araña y cadena de datos afectivos. El patrón de sus trenzas era tan intrincado como el de Xiel. Mantenían viva la historia cuando la palabra se perdía en el viento y el recuerdo era traición.

Una sola perla bastaba para devolver la infancia de miles de niños. O el amor de un antepasado desconocido. O mirar atrás y ver la sabiduría de todos los que estaban antes, las que se atrevieron a tejer memorias. O la decisión de elegir el mal menor

antes de traicionar a un mundo. Al tragarla y devolverla en el fin de sus días, el portador debía ofrecer algo a cambio: su legado, su canción. Las perlas no solo conservaban fábulas, sino que ayudaban a recordar. Sin embargo, las tejedoras, visionarias no solo del pasado sino del futuro, se habían extinguido de manera gradual durante la Edad Nublada, miles de años atrás.

Para perpetuarse y guiar a su pueblo más allá de las estrellas, tejieron a NANA y su guarida de metal errante, guardiana de un coral de voces, lamentos, tarareos, gritos de parto, suspiros de muerte y memorias. Siglos después de la Edad Nublada, NANA fue clausurada en la garganta de metal de la estación orbital Aeter, justo cuando comenzaron a morir los niños de invierno. Quedó a la deriva como una oruga en su capullo, sin nacimientos exitosos fuera de la Ventana de Luz: un pasaje cíclico donde el sol entraba durante seis meses. Solo entonces los bebés nacían sin el cristal en la garganta. En el frío, que solía durar mucho más, las gestaciones se extinguían solas.

Hasta que llegó Xiel. La niña de invierno que no lloraba, que no hablaba, que no pudo tragarse la perla de su madre debido al cristal en su garganta.

Xiel se mantuvo cerca de la ginoide en un cubículo de gravedad variable. La niña, a través del lenguaje de las manos y siempre con el cuchillo de hielo presionándole la garganta, le pedía a la ginoide que reprodujese las últimas palabras de su madre acompañada de la estática que zumbaba por toda la estación como una criatura perdida en un laberinto.

Al séptimo ciclo, Xiel comenzó a comprender a NANA, la IA que cantaba con las voces de los muertos.

Al inicio las palabras llegaban a ella sueltas, entorpecidas por el ruido blanco. Después, dibujaron letras, las ordenaron en augurios. Cuando su contador biológico marcó el octavo ciclo, Xiel buscó los resquicios por donde escapaba la voz de NANA. Nunca encontró una puerta oculta, ni un panel. Logró alcanzar el ala clausurada donde había nacido. El cosmos comenzaba a reclamarla. Allí el invierno era más crudo, aunque Xiel se sentía a gusto. No le dolía tanto la espina. Tenía partículas de polvo y olor a humedad. La manta donde su madre había dado a luz y expulsado su perla tenía manchas oscuras de sangre y placenta cristalizadas por el tiempo.

Xiel preguntaba sobre NANA a los adultos, a la ginoide, a los jóvenes.

—No la busques. Está apagada. Ya no controla nada, ella que tenía que preservarnos, se ha ido —le respondían—. Nos abandonó mucho antes que Venina se tragara su perla. Desde antes de que nacieras sin padre. Concéntrate en vivir lo poco que tienes, niña de invierno.

Xiel intentaba, cada noche, concentrarse en descifrar el ruido blanco de NANA. Buscaba en él la canción de su madre. Pero esa la poseía la ginoide. Y la perla.

—¿Tú la escuchas? —le preguntó.

—A Venina. A su lengua muerta. Siempre. Siempre —respondía la ginoide y acomodaba la manta térmica alrededor de Xiel—. Los niños no nacen en invierno. Faltan dos ciclos. No te incineraré. Te entregaré al cosmos, envuelta en los hilos de plata y seda de la perla de Venina.

—No. Quiero a NANA —susurraba Xiel y movía la boca en silencio para imitar la estática, porque el cristal le pinchaba

la garganta cuando sus cuerdas vocales vibraban. Respirar se convertía en un suplicio con cada ciclo—. Quiere cantarme. Dice que no debí nacer. Soy una aberración.

—Nada sobrevive fuera de la Ventana de Luz —aseguró la ginoide—. Y, de hacerlo, los niños de invierno se extinguen a los diez ciclos. Existe mientras puedas. No te oxides como yo.

Entonces, en secreto, Xiel intentaba tragarse la perla de su madre y la espina de su garganta le punzaba por dentro. Había intentado encontrar el hilo principal, desenredar la madeja, aplastarla, apartar el cartílago para que el legado de Venina se deslizara en su interior, como los demás. Luego la escupiría al décimo ciclo y su canción estaría junto a la de su madre. Pero la perla se negaba a entrar en ella y la espina se convertía en espada.

La noche que el contador marcó nueve ciclos y medio, la perla se volvió iridiscente y Xiel se la puso en la boca. Soñó con cosas que solo había visto en hologramas: cañaverales, mujeres de piel oscura que trenzaban su cabello para esconder semillas en él. Soñó que perseguía a una mujer que tejía un tapiz que le cubría el rostro con telas de araña que le nacían de debajo de las uñas. Después, un niño apareció entre la maleza, la miró con ojos grandes, oscuros, y corrió a esconderse entre la caña movida por el viento. Había dejado un camino que llevaba a una garganta de metal con un cartílago móvil a modo de trampilla.

Xiel despertó tranquila el día en que el contador marcó 9,9. La ginoide estaba en su estación de carga. La niña se bajó de la cama y, en silencio, se deslizó por los pasillos de la estación. En sus últimos instantes de vida, finalmente, escuchaba con claridad a NANA.

Regresó a la sección sellada desde la Caída, donde había nacido. Apartó los andrajos de la manta térmica marcada por sangre antigua. El frío creó cristales sobre sus dedos, pero ella no lo sintió. Casi no podía respirar. Llevaba la perla de Venina escondida en la boca, en una jaula de dientes con la lengua como carcelera.

Después de patear el suelo, encontró la trampilla móvil y la abrió. La garganta de acero se mostró ante ella como la boca de una bestia que había visto en un hololibro. Nadie bajaba a los anillos internos. Y allí estaba NANA, la IA reliquia. Contenía las voces de los millones que murieron antes de que se alzaran las cúpulas de acero sobre el mundo congelado y la estación abandonara tierra firme.

Xiel, envuelta en su sudario, descendió por las escaleras. La perla en su boca vibraba con la estática de NANA, armónica. Llegó a suelo firme. Sus pies y manos estaban cubiertos de escarcha. Encaró el sur y siguió el pasillo, donde la esperaba un espejo cubierto de polvo orbital.

Xiel se estremeció. No veía a una niña. Era una mujer albina tejida en líneas de código, con ojos oscuros, una cicatriz en la garganta, cabello denso, trenzado de idéntica forma que el de Xiel, solo que parecía infinito: descendía desde su cabeza, se enroscaba por todo su cuerpo desnudo hasta terminar en su pierna derecha como un broche. La figura habló sin mover los labios:

—Tú no deberías haber nacido, hija de invierno, hija de madre sin padre que camina descalza sobre el hielo y no se quiebra. Aberración. Anomalía. Variable. Los escucho y discrepo sin voz. Eres trenza y hebra. Eres recuerdo de cuerpo.

Yo soy herramienta. Sin ti, no soy nada más que eco. ¿Has comprendido por qué estás aquí?

—Sí —susurró Xiel a través del cristal-espada, a través de la perla de Venina. Algo caliente embadurnó su lengua. Saboreó hierro—. Tengo la canción para vivir más de diez inviernos.

Silencio. Luego, NANA la arrulló. Una tonada imperfecta, extraña. Cada nota era un recuerdo. Cada pausa, un útero perdido, un recuerdo lanzado al cosmos, un hilo de seda de araña que codificaba la historia de las tejedoras. Una música que no estaba en ningún registro de la estación.

Xiel se dejó caer de rodillas ante el espejo. Lloró hasta que el cristal en su garganta se quebró en miles de esquirlas y sufrió espasmos de dolor. Se llevó las manos congeladas al cuello para contener la sangre. De su garganta brotó lo que le había sido negado durante diez ciclos: voz. Alzó las manos hacia el espejo y las apoyó en la superficie. Sintió el agarre de la mujer albina y el tirón gentil, el cómo la descomponía a nivel cuántico. Estaba y no estaba. Iba y venía. Era una. Era miles. Xiel, sin dejar de armonizar con NANA, cantó la canción de Venina, su canción. Se dejó llevar al interior del núcleo de la estación, mientras el patrón de trenzas de su cabello se deshacía y se entrelazaba con el de NANA.

Xiel vivió hasta los diez ciclos, hasta el último segundo exacto. Su cuerpo se fusionó sin dolor, en plena calidez a pesar de sus pies amoratados. Sin embargo, su voz, la perla hecha de fibra de seda y la canción de Venina, de NANA, se volvió hebra de tela de araña y plata, traspasada, incrustada en una nueva perla que esperaba su momento para brotar en una nueva vida.

Desde ese instante, cuando una madre entraba en trabajo de parto fuera de la Ventana de Luz, las comadronas se reunían en torno a ella y entonaban la melodía de NANA-XIEL. Y cada vez que nacía una niña en invierno con un patrón de trenzas no registrado en el sistema, la estación avanzaba con más fuerza en la búsqueda de un nuevo hogar.

Porque Xiel no había pedido más tiempo.

Pidió probabilidad.

Malena Salazar Maciá (1988, La Habana, Cuba).

Escritora de fantasía y ciencia ficción, es la autora de las novelas *La ira de los sobrevivientes* (2021, Editorial Gente Nueva, Cuba), *Aliento de Dragón* (2021, Enlace Editorial, Colombia) y *Los errantes* (2022, Últimos Monstruos Editores, Rep. Dominicana), entre otras. Sus textos han sido recogidos en antologías tanto nacionales como extranjeras. Traducciones al inglés de sus historias han aparecido en *Clarkesworld*, *Strange Horizons* y *The Dark Magazine*. Su trabajo ha sido traducido también al croata, alemán, italiano y japonés.

— • —

ANATOMÍA DE UN RÍO

BRISA MONTOYA

*Y sepulté en el río el bolígrafo de oro con
sus iniciales para que así el agua
pudiera repetir su nombre para siempre.*

Shirley Jackson, Siempre hemos vivido en el castillo.

Primero fueron las plantas. De cada hoja comenzó a caer una gotita de un líquido que imitaba al agua. Al principio eran gotas muy lentas; tardaban varias horas en formarse y algunos minutos en decidir caer. Luego parecía sudor, como si las matas estuvieran agotadas o acaloradas y necesitaran refrescarse. La verdad es que no prestaste atención al sudor de las plantas; asumiste que era algo propio de ellas, porque estaban vivas y, quizás, porque no las entendías muy bien.

Las paredes también quisieron sudar. Recuerdas haber dicho que era humedad y que la humedad te perseguía. Húmedas solían ser las paredes y los techos de todas las casas en las que habías vivido desde niña; la constelación de manchas negras mohosas, la pintura desprendiéndose como piel descamada. Hiciste el chiste malo de que era tu culpa, por ser cáncer, o signo

de agua, o qué sé yo. Ahora te das cuenta de que a los días de haberlo conocido y de haberlo visitado, una humedad apareció en su techo. Él dijo que eran unas aguas que se habían filtrado desde la azotea. Quizás sí era por ti; quizás era la casa sintiendo tu presencia, anunciando lo que vendría después.

Cuando algunas cosas comenzaron a sudar no le diste importancia. Querías cambiar el verbo sudar por llorar, pero llorar te parecía tan trágico que no te atrevías a decirlo; te daba miedo o pena. Sudar, en cambio, le pertenecía al cuerpo, al sexo y a la carne temblorosa. Del sudor o del llanto de los objetos, pensaste que era grasa, o una cualidad del aceite que se quedaba en el aire cuando cocinaban y luego se adhería a las superficies. Las ollas, la cafetera, los vasos, los envases de cosméticos, las macetas, las botellas de mezcal, las patas de las sillas; todo lloraba, todo sudaba en esa casa. No sabes por qué o si tiene sentido, pero recordaste que en el departamento de tu madre las cosas también sudan.

Luego comenzaron a desprenderse del techo unas gotas violentas, de lluvia caribe, que sonaban a estampida. Dijiste que podrían usar el ciclo vital de las gotas como medida del tiempo: lo que tardan diecinueve gotas en caer equivale a ver una película. Trece gotas, ver un capítulo de una serie; siete, hacer el desayuno; dos, comérselo. Días después vinieron los libros y con ellos la sospecha de que el sudor no era sudor. Las hojas húmedas de la nada, las palabras borrándose letra por letra, las carátulas haciéndose blandas. Se te estaban muriendo los libros en las manos. Ya no parecía transpiración, ni siquiera lágrimas; era una inundación que venía desde adentro de las cosas, un desbordarse todo.

La noche en que los libros empezaron a morir no pudiste dormir. Probaste poner una carpa en la sala y fingir que estaban de campamento en una selva lluviosa. Dentro de la carpa, el sonido de las gotas golpeando el techo, el vapor de dos cuerpos juntos, la habitación de la infancia y el deseo de ser *Indiana Jones*. Afuera, el cauce fantasma que palpitaba invocando a las aguas del pasado. No funcionó por mucho tiempo; la carpa también lloraba. Ninguna falsedad o ficción servía ya.

Él saltó sobre su escritorio; en el piso no se podía caminar sin mojarse los pies. Intentaba resguardar su laptop, dinero en efectivo y unos cuantos papeles, aunque ellos también sudaban, o lloraban, ya ni sé. No le dijiste para no asustarlo, pero pensaste que de la línea que une a las paredes y al piso, o a las paredes y al techo, brotaría un río que quería retomar su antiguo curso y que para hacerlo necesitaba arrastrarlos a ustedes y a la casa. Pensaste tan fuerte que lo escuchaste: el estruendo de la corriente que se acercaba te atascó las orejas y ya no oías nada más que eso.

Entonces comenzaste a derramarte. Te empezó a salir un agua de los ojos, de todas tus cavidades, de tus huecos. Te empezó a escurrir el pelo, como si tuvieras años ahogada, o como si fueras un bagre. Él te gritó cosas que no entendiste. Alargó sus brazos para salvarte, pero ya no podía alcanzarte. Era muy tarde; todo se había desbordado, inundado desde adentro, la casa y tú también. Tu garganta pretendió gritar, al menos suspirar, decir algo. No pudiste: tu boca era un desagüe.

Alcanzaste a ver que el río rompió las paredes. Él pudo escapar, o eso quieres creer. Antes de que tus ojos terminaran de deshacerse, lo viste saltar por la ventana, con la cara triste y la barba mojada. Tu cuerpo de náufrago, semidisuelto en

partículas amorfas, quiso seguirlo. Lo imaginaste nadando entre sardinas y tortugas, llegando a una orilla soleada donde lo esperaban la posibilidad, un gato y unas conchas de mar. Algunas partes de ti, creo que tus piernas y un brazo, llegaron hasta la ventana; querían irse con él. No las viste ni las sentiste más.

Recordaste cuando tenías ocho años y fuiste al campo con tu familia y les cayó un aguacero encima; los zapatos tan llenos de líquido que podrían albergar peces y la lluvia que parecía perseguirles mientras corrían. Recordaste todos los sueños en los que siempre veías un riachuelo salir debajo de una loma y extenderse sobre la carretera, bajando de la cima, amenazando con crecer. Son los sueños de las personas de montaña. Recordaste un recuerdo que no era tuyo: tu bisabuelo lanzándose al mar, con una cabuya amarrada a la cintura, para salvar a la gente de morir en una tormenta. Recordaste otro recuerdo que no era tuyo: tu abuela migrante, llegando en barco a un país desconocido y el vaso con agua para las ánimas, que ponía en su mesita de noche todos los lunes. Recordaste la melena de tu madre cuando se bañaba: la única forma de verle los pelos sueltos, los cabellos de ahogada hermosa goteando en su espalda. Recordaste tantas aguas, todas las aguas de la historia y pensaste: tanta vida, tanto soñar, para transformarme en un barco hundido. Yo no estoy de acuerdo, yo creo que te convertiste en río.

Brisa Montoya. Venezolana, residente en la Ciudad de México. Ha publicado textos en diversas revistas digitales e impresas latinoamericanas. Cartomancista y amante de los gatos. Dirige un club de lectura y tarot.

— • —

LA PARTIDA DE PÓKER

EUGENIO BARRAGÁN

En memoria de mi padre

El humo dibuja espirales en el aire denso, cargado de promesas rotas y fortunas esquivas. La aguja del gramófono araña el vinilo al girar, libera una versión casi inaudible de «La Cabalgata de las valquirias». Una ironía, piensa Luciano Traviata, mientras aparta con desgana discos apilados en la estantería, busca algo que calme su hastío. Hans Manos Largas fuerza la cerradura de una caja de contrabando en un rincón, a resguardo de la ley seca. Agarra una botella, entrecierra los ojos ante la etiqueta y vierte un chorro generoso de güisqui sobre cubitos de hielo detrás de la barra. Un trago que sabe a decisiones cuestionables y silencios cómplices.

Johnny el Topo, con un tic nervioso, empuja sus lentes gruesas hacia el puente de su nariz. Un gesto repetido, casi un ritual, que no oculta la inquietud en sus ojos. Vito El Espagueti estira con fuerza el tirante de su pantalón, lo suelta y el golpe seco contra su pecho resuena en la sala. ¿Un intento de reafirmarse? Michael Chamba, casi pegado a sus cartas, escruta las caras de

los demás por encima del abanico de figuras. Sus ojos, pequeños y astutos, son dos cuentas negras que parecen leer el alma de sus oponentes.

El ángel de la guarda, aburrido, deja caer su peso sobre el tapete verde. Sus pequeños brazos se extienden en un bostezo silencioso. La tela de su túnica huele a humo rancio, impregnada del vicio de la sala. Las ventanas selladas retienen el hedor. Otra noche más en otra partida clandestina, otro infierno. Su mirada sigue el camino de las fichas hacia el centro de la mesa. Cuando alguna blasfemia rompe el aire, se cubre los oídos con sus majestuosas alas.

—¿Vas o te retiras? —la voz rasposa de Vito interrumpe el silencio. Johnny, lento, acomoda sus gafas, toma una ficha y la deja caer sobre el montón.

Michael Chamba toma una ficha. La hace danzar entre sus dedos, un truco barato de tahúr. Luciano Traviata ignora la partida y coloca un disco en el gramófono: el segundo acto de «El holandés errante».

—Igualo —murmura Michael, casi sin mover los labios. Los demás contienen la respiración—. Y subo cien más. La ficha resbala de sus dedos y cae sobre el centro, como un insulto, como un desafío, una provocación.

Vito El Espagueti frunce el ceño, arruga la frente en un gesto de duda. Sus dedos gruesos se frotan las cejas con nerviosismo. Cuenta sus fichas con la mirada, luego iguala la apuesta. De su chaqueta aparece un fajo de billetes. Humedece su pulgar con la lengua y cuenta mil dólares más.

—Para que haya emoción. Estas apuestas de niños aburren —dice Vito, con una arrogancia estudiada—. Y llevamos veinticuatro horas encerrados. Ya es suficiente.

Una caja cae de la barra con un golpe sordo, rompiendo botellas. Nadie se inmuta. La atención está fija en la mesa. Unos nudillos tocan la puerta. Un matón asoma la cabeza, vigilando desde el umbral. Al fondo, el otro guardaespaldas reposa en una silla, con un palillo danzando entre sus dientes. Michael levanta una mano, un gesto displicente. El matón vuelve a desaparecer.

—Sam, trae un güisqui, que estaréis resecos ahí fuera —dice Luciano, sin apartar la vista del juego.

Sam no responde. Michael señala el bar con un movimiento de cabeza. El hielo tintinea cuando Sam prepara dos vasos y se retira.

Johnny El Topo se estira, como si despertara de un largo sueño. Abandona sus cartas y camina hacia la barra. La caja que ahora ocupa buena parte del espacio sirve de apoyo mientras se sirve un trago.

Michael Chamba ejecuta su ritual: sube la pernera del pantalón, tuerce la nariz, recuerdo de una pelea callejera y golpea el tapete tres veces. Su mano se desliza dentro del bolsillo, donde acaricia las cuentas frías de un rosario. ¿Busca redención o simplemente necesita un amuleto? El ángel, flotando en la atmósfera cargada, sopla sobre los ojos de Michael, que parpadea casi imperceptiblemente. Ahora, con la bendición celestial, jugará con seguridad su trío contra la pareja de Vito.

Los demás observan, tensos. Luciano Traviata, ajeno a la tensión, dirige la música con su dedo. Johnny El Topo limpia

sus lentes empañadas. Hans Manos Largas, con la derrota acechando, estudia los gestos de sus rivales.

Michael iguala con firmeza. Vito arroja dos cartas sobre los billetes.

—Trío —susurra Michael, con una sonrisa gélida. Lanza sus cartas sobre el tapete y sus ojos brillan con avaricia. Recoge las ganancias con un gesto de desprecio en una victoria, hueca y efímera.

Vito siente un escalofrío. Ha jugado muchas partidas, pero nunca contra Michael Chamba. El tipo ha ganado dos manos seguidas con parejas mediocres y se ha retirado de jugadas aparentemente ganadoras. No puede discernir si es una estrategia elaborada o simple suerte.

—Ahora entiendo por qué te llaman Señor Chamba.

—O «Siete Vidas» —añade el Topo. Toma una carta del montón, la estudia un instante y la lanza al espacio de Hans. Luciano examina los bordes desgastados.

—¿Es por algo con un gato? —pregunta Vito, intentando ocultar su ignorancia con una sonrisa cínica. Es un novato en estas partidas, un representante de la mafia de Chicago, y desconoce la historia de estos hombres. Solo conoce las anécdotas repetidas en las reuniones, sin importancia real. Un peón en un juego peligroso.

—Una vez le esperaban tres pistoleros a la salida de su casa —dice El Topo—. Armados hasta los dientes, con subfusiles Thompson. Y Michael los dejó fríos. Ni un rasguño. Solo sudaba, aunque estaba nevando a mares.

—Uf, proteger a un gánster es una dedicación con mucho estrés —musita el ángel, recordando aquel día.

Tres figuras emergieron de la sombra de un callejón. Michael sintió el miedo helarle la sangre. Se movía lento, torpe. El ángel desplegó sus alas y desvió la lluvia de balas, mil disparos por minuto. Los sicarios, atónitos, no supieron reaccionar. Michael, entonces conocido como "Malas Pulgas", sacó su arma y los remató uno a uno. Su risa resonó en el callejón, mientras huía al sonido de las sirenas. La imagen final: la silueta del ángel grabada en la pared de ladrillo. Desde entonces, Michael va a misa los domingos, y el ángel espera guiarlo por el buen camino para que pueda redimir su fe de una vida manchada de sangre.

—Fallaría algo en las armas o en la munición —Luciano ofrece una explicación lógica.

—Cuéntaselo a los gatos que encontraron trozos de plomo en los contenedores —El Topo lo contradice—. Hasta las ratas tenían agujeros.

Hans Manos Largas arroja las cartas a la basura y abre un cajón de la barra. Saca una baraja nueva, rompe el precinto y añade leña al fuego:

—¿Os acordáis del baúl que le tiraron desde la ventana? Estabas allí, ¿verdad? Una mujer gritó desde un balcón, y cuando miré, el baúl ya estaba cayendo. Justo antes de golpearle, algo desvió su trayectoria. Cayó a pocos metros de Michael. El estruendo me heló la sangre —Hans se palpa el pecho—. Si le llega a dar en la cabeza, se habría hecho añicos. Este cabrón tiene la cabeza muy dura. —Hans apoya la pistola en la frente de Michael, simulando un golpe. La risa estalla entre los jugadores con la broma macabra que esconde una verdad inquietante.

El ángel se estremece. También recuerda ese día: se interpuso, absorbió el impacto con sus alas y redirigió el baúl hacia la carretera. No pudo volar en una semana.

Michael Chamba mira a Hans de reojo y sonríe. Nunca ha sabido de dónde viene su suerte. Hans se sirve otro güisqui.

—¿No tendrás un hada madrina, Chamba? —pregunta Vito, con ironía. Las risas vuelven a estallar, pero esta vez Michael permanece serio. Su rostro se endurece.

—¡Soy un ángel de la guarda! —el ángel le corrige en silencio, con la cara roja—. Las hadas son cuentos de niños.

—No —responde Michael con sequedad. Se rasca la barba incipiente—. Creo que es habilidad. He sobrevivido en la calle. Me he adaptado, como un puto camaleón.

—No te creo. He crecido contigo en estas calles y no he desarrollado nada parecido. Tienes un don. No sé qué, pero lo tienes, ¡maldito cabrón!

Luciano no participa. El disco salta, repite el mismo fragmento. Busca otro en la colección, pero nada le satisface. Mira el reloj en la pared, apaga el gramófono y enciende la radio.

El ángel suspira. Harto de las mismas discusiones de siempre, se desploma en el sillón junto a Luciano y se concentra en la radionovela. Una historia de vidas comunes que contrastan con la suya.

—No creo en tonterías. Ni en el cielo ni en el infierno. La experiencia es lo único que vale: observar y anticipar. Si tuviera un don, lo vendería antes de que los gusanos me comieran en el ataúd. ¿Vosotros qué decís?

Nadie responde. Hans sigue con sus historias, gesticulando con los brazos. El Topo escucha a medias. Vito hace malabares con la baraja.

—¡Te compro tu don! —Vito rompe el silencio. Quiere desconcentrar a Michael, recuperar algo de lo perdido.

El ángel oye las risas y piensa que no es un don, sino un espíritu celestial aburrido con una misión. Chasquearía los dedos y apagaría la luz, pero interrumpiría la novela.

—¡Acepto que me regales tu jodido dinero! —Michael estalla, con la cara roja y las venas hinchadas en el cuello—. En cuanto termine esto, no vas a tener para volver a Chicago. Vas a tener que volver andando. Y te compro el traje. Parece barato. Mañana es el cumpleaños de Sam y quiero hacerle un regalo.

Vito se calla. Los demás prefieren ignorarlos. El ambiente empieza a enrarecerse.

—¿Cuánto vale tupreciado don? —insiste Vito.

—Cien dólares. Así no vuelves tan rápido a casa —Michael sonríe con malicia.

Vito saca un billete de cien. Saca la lengua y escribe con una pluma en el borde: "En pago por el don que me vende el Señor Chamba". Firma y se lo tiende. Un pacto sellado con tinta y avaricia.

—Quieres también un contrato, ¿verdad? —pregunta Michael, burlón. Saca su cartera y guarda el billete.

—Tu palabra me basta —responde Vito.

—¡Baraja, Manos Largas! —ordena Michael—. Que la partida se pone interesante y no quiero perder tiempo.

El aire de la sala se carga de tensión. Las miradas se cruzan. El crujido de una silla restalla en la habitación. Michael observa a

Vito con una sonrisa apenas perceptible, el filo de un cuchillo escondido en los labios.

El ángel, irritado, piensa que nadie le consulta sus deseos. Pero la voz de la locutora captura su atención: la radionovela está en su punto álgido. El duro Luciano llora en silencio, secándose las lágrimas con un cojín. El ángel se levanta, cruza la puerta y desaparece. Su misión está a punto de tomar un giro inesperado.

Johnny El Topo se retira. Sospecha una trampa, pero para ganar necesitaría que los dos estuvieran mintiendo a la vez. Imposible.

Michael juega con los billetes y mira desafiante a Vito. Sin quitarle los ojos de encima, arroja una torre de fichas y el resto del dinero en el centro de la mesa.

—¡Póquer de jotas! —grita Michael, levantándose y arramblando con las ganancias.

—Espera —dice Vito, sonriendo—. ¿No quieres ver mi jugada?

—No estoy para juegos estúpidos. Sé que faroleas, y para eso no hace falta magia —responde Michael, con el rostro tenso—. Solo un poco de astucia, algo que no tienes.

Vito El Espaguetti revela sus cartas: as, dos, tres y cuatro de tréboles. Los demás miran, en silencio. Vito dobla la última carta en la palma de su mano y la arroja sobre el tapete con un golpe seco: cinco de tréboles. Escalera real de color.

Un murmullo de incredulidad recorre la sala. Johnny El Topo se ajusta las gafas, incrédulo. Hans Manos Largas deja caer su vaso. El güisqui empapa la mesa, pero nadie reacciona. Johnny da un paso atrás, tropezando con la barra. Hans, con el rostro

desencajado, se limpia las manos sudorosas en su pantalón. Luciano observa desde la penumbra, inmóvil.

—¡Eres un tramposo de mierda! —grita Michael, sin poder creer lo que ve. La derrota quema su orgullo.

—No, Michael. No he hecho trampas. Lo sabes. Recuerda, me has vendido tu suerte —Vito sonríe, sin medir sus palabras.

Michael siente un frío extraño recorrer su espalda. El sudor le perla la frente. Sus dedos buscan instintivamente la empuñadura de su revólver. Sus ojos, antes llenos de seguridad, ahora vacilan. Un latido en su sien. Un vacío en el estómago. Algo se ha roto.

El ángel, desde su rincón, suspira. La balanza de la fortuna se ha inclinado. La suerte cambió de dueño. Y Michael lo siente, lo sabe. Pero no lo acepta.

—¡Creo que vas a salir de aquí en un ataúd! —estalla Michael. Luciano se esconde tras el sillón. Hans y Johnny se agachan tras la barra.

Michael tira la silla y saca su revólver. Vito responde con el suyo. Michael apunta, aprieta el gatillo, pero el arma se encasquilla. Un segundo de horror absoluto. Vito no duda. Vacía su cargador. El cañón humea. Michael cae hacia atrás, derribando la mesa. Sus cartas vuelan por la habitación, como hojas en el viento.

Los matones irrumpen en la habitación. Sam apoya el cañón de su arma en la frente de Vito. Hans sale de detrás de la barra, aturdido.

—Defensa propia. Dejadlo pasar —ordena Hans, con voz seria. Los matones se apartan y abren paso a Vito.

—Ocupaos del cuerpo —añade Luciano—. Enterradlo lejos. No llaméis a nadie. Ya hablaremos con los jefes.

Vito toma su chaqueta del perchero y desaparece por el pasillo, con el miedo dibujado en su rostro. Abre la puerta del restaurante y se pierde por las calles mojadas. Un camino hacia la redención o hacia una condena aún mayor.

Camina sin rumbo, intentando calmarse. Su corazón vuelve a latir con normalidad. Siente una extraña paz. Cae la tarde. Ha perdido la noción del tiempo. Tampoco siente hambre. Mete la mano en el bolsillo y saca una pluma que brilla con colores iridiscentes. No sabe de qué pájaro es, así que la tira al suelo.

Unas luces de colores iluminan una gran cruz de madera en lo alto de una colina. Un cartel con la figura de Jesucristo anuncia el servicio de las 20:00 horas. Nunca ha sentido la necesidad de entrar en una iglesia, pero algo le atrae, una presencia invisible que lo empuja por el camino de tierra.

El ángel, a corta distancia, vuela entre las sombras, perdido en sus propios pensamientos. Ha cumplido con su misión. Y una vez más, el destino ha demostrado ser un juego de azar, con reglas que ni siquiera los ángeles pueden prever.

Eugenio Barragán es un autor español con una destacada trayectoria en la literatura de ciencia ficción y fantasía. Licenciado en psicología, ha dedicado su talento a la creación de relatos y novelas que exploran los límites de la imaginación.

Su obra ha sido reconocida en varias ocasiones, destacando su participación en los volúmenes *Visiones 2004* con el relato "Cuando se despierta temprano o demasiado tarde" y en *Visiones 2002* con "El artista", ambos publicados por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT). Fue finalista del Certamen Literario Domingo Santos en 2017 con el relato "Amantes entre fotogramas" y del I Concurso Literario Tártalo de Novela Corta Fantástica con la novela *La musa del dibujante no es una canción de blues*.

Eugenio también ha colaborado en diversos fanzines y plataformas literarias, dejando huella en el panorama de la narrativa breve. Para conocer más sobre su trabajo, puedes explorar sus publicaciones en Goodreads o Tercera Fundación.

— • —

UN HORIZONTE DE EVENTOS

SEBASTIÁN OVIEDO

*...Entra tú y toda tu casa en el arca [...] para conservar
viva la especie sobre la faz de la tierra.*

Génesis 7: 1-3

I

La tripulación había empezado a acostumbrarse a la vacuidad del espacio, a su semblante transfinito tapizado por la luz de las estrellas y las exiguas sombras radiactivas de galaxias lejanas; a los chorros de plasma incandescentes expulsados por los agujeros negros supermasivos que, de manera traicionera, alguna que otra vez llegaban a impactar el escudo de fuerza de la nave. Se habían habituado al susurro de los propulsores sublumínicos y al estridor espacio-temporal de los motores de Alcubierre que siempre se utilizaban en los viajes largos. Finalmente, las luces titilantes de los tableros con sus pitidos robóticos, y la antigraavedad desesperante del cosmos, habían dejado de pesar

en las mentes de los tripulantes del crucero de exploración espacial *Gradiz III* después de un año de navegación.

En el puente de mando, el capitán Viper —un astronauta veterano que formó parte de las primeras incursiones de colonización de la Luna, Marte y la Europa de Júpiter— observaba a través del monitor al exoplaneta *K2-18B*; aquel era el décimo y último exoplaneta en el que él y los 39 miembros restantes de la nave albergaban esperanzas de encontrar vida extraterrestre inteligente. Su ensimismamiento en el reporte de las imágenes infrarrojas más recientes de la atmósfera del planeta y el estudio preliminar de la heliosismología de su enana roja, pronto le confirmaron aquello que más temía: *K2-18B* también era un planeta moribundo. Tras un largo suspiro, el capitán Viper habló:

—¡Preparen el protocolo de orbitación planetaria! —Miró a sus subalternos del puente de mando, entonces continuó—: Activen la alarma de proximidad, disminuyan la velocidad hasta acoplar el crucero en la exosfera y tengan listos los rovers una vez tengamos las sondas satelitales orbitando la termosfera. Quiero imágenes nítidas del interior del planeta en las siguientes 24 horas, el reporte de su composición atmosférica a nivel detallado y los sitios más viables para el aterrizaje.

Tras una simultánea afirmación de su equipo de navegación, el capitán Viper se dirigió personalmente al jefe de intercomunicaciones. Sus botas despedían ligeros destellos electromagnéticos al caminar sobre el piso de aleación de aluminio y titanio impregnado por la gravedad artificial; el chirrido agudo le hacía apretar los dientes, pero era mejor que flotar sin rumbo ante la ingravidez del espacio.

—Jefe Lance —le susurró una vez estuvo a escasos pasos de él—, necesito que, con la mayor prontitud, mande un mensaje a la *Gradiz I* solicitándole al capitán Vic un reporte del estado de sus... —se detuvo unos segundos pensando en las implicaciones sombrías de aquella palabra. Después de meditarlo brevemente, prosiguió—: *descubrimientos*.

El tridente de exploración espacial *Gradiz* había iniciado su desarrollo durante el *boom tecnológico* de la humanidad hace 157 años terrestres, como una respuesta a la creciente necesidad de seguir extendiendo los horizontes del conocimiento humano; el objetivo de los cruceros era descubrir vida alienígena sapiente en los exoplanetas más prometedores del vecindario galáctico: la Vía Láctea, Andrómeda y la Galaxia del Triángulo. A este respecto, la *Gradiz I* ya orbitaba el exoplaneta extragaláctico *PA-99-N2* a 2.2 millones de años luz de la Tierra; el astro, un gigante con 6.34 veces la masa de Júpiter, era uno de los destinos prioritarios de su sector.

La inercia provocada por los propulsores fotónicos de frenado sacó de su consternación a un capitán Viper que no dejaba de pensar en la fatalidad del futuro próximo. Sin mediar más palabras, todos los astronautas del crucero siguieron metódicamente los pasos protocolarios de orbitación y reconocimiento exoplanetario: la *Gradiz III* —que recordaba a un transbordador espacial masivo de la era antigua— frenó con éxito adecuándose a la exosfera de *K2-18B*, liberando las sondas satelitales de tercera generación sobre la termosfera del planeta, guiadas por los ingenieros cibernéticos. Los rovers, autómatas antropomorfos capaces de soportar hasta un millón de kPa de presión atmosférica y sobre mil veces la gravedad de

la Tierra, esperaban dentro de las naves de exploración terrestre tipo platillo flotante a que el equipo de físicos y planetólogos terminaran de descifrar el misterio matemático de su superficie acuosa.

Mientras la *Gradiz III* rotaba a la par de su objetivo, y la luz escarlata de su pequeño sol bañaba con languidez los rostros tensos de los tripulantes, estos no pudieron menos que sentir nostalgia frente al panorama azul de la supertierra que tanto les recordaba a su hogar natal.

II

Los jefes de los diversos sectores científicos a bordo del crucero, tras 36 horas de orbitación, discutían acaloradamente en el puente de mando con el capitán Viper sobre el posible origen de las ruinas artificiales captadas por los satélites dentro del planeta. Los obeliscos negruzcos, angulosos y con formas desiguales, sobresalían lanzando destellos metálicos aquí y allá por kilómetros en mitad de uno de los grandes océanos de *K2-18B*. En ese instante, un mensaje encriptado impactó en la antena cuántica de largo alcance de la *Gradiz III*. Lo que el jefe de intercomunicaciones Lance leyó a continuación, lo hizo por la mera inercia del caos momentáneo de la nave.

*PA-99-N2, Galaxia de Andrómeda
a 11 de febrero de 2633 d. C. del año terrestre en curso*

*Capitán Viper Blanc
Jefe Astronavegador de la Gradiz III*

Estimado amigo:

Haciendo uso de nuestra familiaridad de poco más de cien años de longevidad, me permito referirme a ti como si lo estuviera haciendo en aquellos días mientras surcamos los rincones, hasta ese entonces desconocidos, de nuestro propio sistema solar, para evitar toda la perorata formal a la que nuestro cargo nos obliga; honestamente, no sé cómo más hacerlo, debido a la naturaleza perturbadora de los descubrimientos que me solicitas en tu mensaje anterior.

Como es bien sabido por ti, he estado en comunicación con el capitán de la Gradiz II durante su exploración en la Galaxia del Triángulo, para confirmar la información en la que tú mismo te has visto envuelto en tus misiones dentro de la Vía Láctea. Sin más preámbulo, y perdonando que no te haya avisado en primera instancia por nuestra vieja amistad, te comento que he estado triangulando información con la Gradiz II y el centro de mando espacial del planeta Tierra desde hace ya un par de meses, tras conseguir los primeros datos del exoplaneta en el que me encuentro actualmente.

Con una seguridad cercana al 90% acorde a los análisis físico-matemáticos conjuntos de nuestros astrofísicos, hemos llegado a la fatal conclusión de que aquel al que llamamos «El horizonte de eventos» es ahora una hipótesis casi tangible que deja muchas preguntas sobre la historia del universo y de la raza humana.

Antes de continuar —pues me parece una ofensa a tu inteligencia, así como a tu experiencia, el hecho de tener que plantearte una cuestión tan elemental—, me veo obligado a decirte lo siguiente por indicaciones de cargos que son superiores a los míos: mantén todo estrictamente confidencial, pues esto podría tener repercusiones en el orden público no solo de tu tripulación, sino de la gente del planeta Tierra y del resto del sistema solar si es que se llegara a filtrar esta información. Dicho lo anterior, pues, en palabras más técnicas que logran, con toda sinceridad, helarme la sangre mientras las escribo en este ordenador cuántico: sobrepasando el límite del vecindario galáctico que la flota Gradiz se encuentra explorando en este momento, parece ser que no hay otra cosa que una nebrura impenetrable que se extiende hasta los confines desconocidos del universo; las imágenes espaciales coloridas de galaxias distantes, nebulosas purpúreas y estrellas masivas tomadas con los viejos telescopios Hubble así como de sus análogos más recientes, son solo remanentes de luz de un tiempo ya extinto que obedecieron amargamente a las leyes de la relatividad. Amigo mío, todo esto es algo que nos ha dejado anonadados, pues muchos de los astros de Andrómeda y de la Galaxia del Triángulo que antes aparecían en nuestros monitores infrarrojos de largo alcance están

ya desaparecidos, y solo dejaron espacios vacíos conforme más lejanos se encontraban de la Vía Láctea.

Hemos enviado sondas tripuladas por autómatas fuera de estas galaxias desde el inicio de la misión, para ver si tal vez esto se limitaba a nuestro vecindario cósmico, pero las imágenes que recibimos de parches oscuros donde antes habían novas, agujeros negros, planetas o constelaciones enteras, sólo vinieron a confirmar que, rebasando el límite de este horizonte de eventos, puede que no haya otra cosa que la nada misma.

Como ya te habrás dado cuenta, la mayoría de los exoplanetas que hemos analizado y que no se han perdido en el tiempo, son demasiado viejos, mucho más de lo que pensamos en un principio. Esto se ha venido a confirmar al encontrar restos fósiles de especies en exceso similares a las halladas en la Tierra, que incluso llegan a sobrepasar los miles de millones de años de antigüedad de existencia de nuestro propio planeta. Y con lo referente a lo anterior quisiera terminar este largo informe, pues... Viper, en PA-99-N2 hemos encontrado el cadáver momificado de una criatura dentro de una estructura no natural que ha logrado preservarla. Pero este ser extraterrestre es... me perdonarás por mi creciente suspenso, mas la emoción y el horror del descubrimiento me impiden poder expresarlo incluso aquí... Dejo una copia anexa del reporte preliminar del equipo forense para que lo veas con tus propios ojos.

Capitán Vic Lynch

Jefe Astronavegador de la Gradiz I

III

—Entonces, ¿qué?

Lance había intentado dejar de leer el comunicado cuando la palabra «confidencial» llegó a sus ojos, pero su curiosidad científica no le dejó parar; sabía perfectamente que abrir un mensaje encriptado de un jefe de alto rango era algo penado por la más estricta ley y, aun así, se atrevió a repetir la misma pregunta insolente cuando se percató de que el semblante del capitán Viper palidecía al leer el informe enviado por la *Gradiz I*.

—Entonces, ¿qué?

Viper volteó lentamente y clavó su mirada perdida en el suelo, sin decir nada; en ese momento su rostro adoptó la apariencia de una persona envejecida por el tiempo, de allá por la época donde la muerte todavía era un problema indescifrable para la humanidad.

—La composición de los minerales era, en específico, una mezcla muy conveniente de carbonato y bicarbonato de sodio, cloruro y sulfato de sodio... —dijo de repente.

—¿Pero de qué está hablando usted?

—Natrón —continuó Viper, sin prestarle atención realmente—, así le llamaban los antiguos egipcios. Y todo se explica a la perfección si tomamos en cuenta que la mina que colapsó estaba bajo el lecho de un lago seco, donde estas sales se concentran en abundancia de manera natural.

—Capitán, no logro entender lo que usted intenta...

—Lo que intento decirle, Lance —el capitán lo interrumpió con una voz más severa, como reclamándole por haber metido las narices en donde nadie lo había llamado. Ahora lo miraba fijamente a los ojos—, es que la momificación del cadáver encontrado en *PA-99-N2* se dio de manera extraordinariamente natural y que, aunado a esto, el proceso de inertización con el gas nitrógeno contenido en los ductos de su maquinaria minera se prolongó debido a una falla producida por el derrumbe, causando que el cuerpo se preservara todavía por más tiempo a temperaturas bajo cero.

»Sume a todo esto que el escombros generó un espacio subterráneo completamente sellado para mantener dichas condiciones. La joya de la corona aquí fue el hecho de que el afelio y la oblicuidad de *PA-99-N2* tuvieron una variación orgánica significativa después de 141,000 años, afectando directamente a las estaciones del año y a la extensión de sus casquetes polares; en resumidas cuentas, Lance, todos los acontecimientos de glaciación planetaria se alinearon para preservar el cuerpo momificado del alienígena encontrado por la *Gradiz I* a temperaturas extremadamente bajas, una vez que el nitrógeno sintético de la maquinaria minera extraterrestre se agotó por la escasez de energía de su batería nuclear.

El jefe de intercomunicaciones lo observaba con incredulidad, esperando a que rematara el misterio de la naturaleza de la criatura que tanto lo había conmovido en un principio. En el momento en que el capitán Viper se disponía a hablar otra vez, un creciente alboroto entre la tripulación silenció las palabras que estaban a punto de salir de su boca; a través de la puerta del camarote del capitán, los astronautas del

crucero corrían, entre susurros y gritos de sorpresa, hacia lo que parecía ser la sala de retransmisión de la nave.

IV

El análisis espectroscópico de los satélites orbitando a *K2-18B* coincidieron, con poca diferencia, con la espectroscopía astronómica de la *Gradiz III* realizada a varios años luz de distancia; el exoplaneta tenía una composición atmosférica basada en metano, dióxido de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno. Pero lo que llamó inmediatamente la atención de los astrobiólogos fue que las sondas dentro del planeta detectaron moléculas de dimetilsulfuro que parecían reabastecerse de manera constante. Esto, como se lo explicaron a Viper en su momento, era una potente bioseñal que podría indicar la presencia de fitoplancton y algas marinas dentro de sus océanos, por decir lo menos. Sumado, claro está, al hecho de que en medio de uno de los grandes mares de *K2-18B* asomaban estructuras artificiales que indicaban otro tipo de vida algo más avanzada.

La conmoción había iniciado no porque el grupo alfa de los rovers enviados al suelo marino confirmaran la teoría de los biólogos al encontrar vida acuática en sus formas más primitivas: peces, crustáceos, miriápodos y hasta moluscos cefalópodos que parecían tener algún grado de inteligencia básica, sino después de que, en la periferia kilométrica de las ruinas, se lograra divisar desde otro ángulo una especie de popa con diversos salientes masivos semejantes a cuevas

montañosas de gran tamaño, y que tenían mucha similitud a los agujeros de las turbinas de propulsión de una nave espacial; la intensidad del asunto aumentó aún más cuando el ingeniero cibernético en jefe, con la decena de antenas que sobresalían de su cráneo semimetálico, dio la orden por radiofrecuencia a los autómatas para que tomaran muestras y analizaran no solo su composición, sino también su antigüedad a través de la radiación por fondo de microondas; el resultado arrojó, después de unos minutos de análisis en el platillo flotante de exploración, un contenido rico en carbono y diversos minerales hidratados como la montmorillonita unidos mediante enlaces artificiales, y no identificados, con aluminio, titanio y magnesio, estos últimos siendo muy parecidos a los materiales que componían a la misma *Gradiz III*. Cuando el capitán Viper llegó junto al jefe de intercomunicaciones Lance, casi la totalidad de los tripulantes del crucero espacial se arremolinaban frente a la pantalla de datos, esperando el último resultado de las muestras del autómata.

—¡Eso es imposible! —gritó uno de los geólogos que también acababa de llegar a la sala de retransmisión, tras analizar los resultados del rover de manera fugaz—. ¡¿13.8 mil millones de años de antigüedad?! De ninguna manera puede ser tan viejo como el universo, por no decir que su composición es totalmente irracional. No hay meteorito en la galaxia que tenga esas características semimetálicas, ni siquiera uno parecido como el que impactó en la Tierra en la Península de...

—¡Mande de vuelta a los autómatas con las muestras!
—Viper ahogó rápidamente las palabras del geólogo tras darle la orden al ingeniero cibernético en jefe, como intentando que las

especulaciones se detuvieran ahí para evitar más caos—. Todos, despejen el área... ¡Ahora!

El capitán rodeó la sala con su mirada fría, observando a cada tripulante para que supieran que hablaba en serio; sus viejos ojos azules, desteñidos, severos y carentes de brillo, revelaban la verdadera edad del alma que su cuerpo joven, genéticamente modificado, se esforzaba tanto por esconder. Tras unos minutos de quejas y murmullos, el silencio invadió el lugar ante la ausencia repentina de los astronautas de la *Gradiz III*.

V

—Eso explicaría por qué hemos estado encontrando planetas tan viejos, como si un cataclismo los hubiera asolado desde hace ya mucho tiempo —dijo Rizer, el jefe planetólogo.

—Sí, pero es algo que pone en jaque las leyes de la física como las hemos entendido —afirmó Claze, el jefe astrofísico. Después continuó—: las mismas leyes que nos han traído hasta este momento, que nos han permitido navegar a través del espacio con facilidad.

»Honestamente, me niego a creer la hipótesis de que nuestro vecindario cósmico es un remanente directo del *Big Bang*, y que toda la materia visible más allá del límite ya ha desaparecido, como todo lo que hay después del horizonte de eventos de un agujero negro. ¡Simplemente ridículo! ¡Carente de todo sustento científico!

—Usted ha visto el análisis del material del que está hecho la nave sobre el océano de *K2-18B*, pues lo hemos

repetido al menos cien veces desde que llegaron los rovers con las muestras —contestó el jefe Kontora de geología, tras escuchar la indignación en las últimas palabras de Claze—. Sabe perfectamente que el detector de radiación electromagnética de la nave no miente. La antigüedad de los restos se remonta, fácilmente, hasta el momento de la explosión que dio origen a este universo... ¡pero podría ser más antigua! Desde mucho antes de...

—¡Por favor, Kontora! ¿Qué sigue? ¿Ahora me va a decir que Dios lo creó todo? —respondió Claze burlonamente.

—Lo único que digo —el pequeño geólogo se veía incómodo; la contracción involuntaria de las facciones del rostro bajo su calva, mordida por mechones de pelo cano y escaso, revelaban su agobio tras las insinuaciones del astrofísico—, es que los datos hablan por sí solos, y que los restos corresponden, en su mayoría, con los encontrados en el meteorito que impactó nuestro propio planeta hace millones de años: esto explicaría el origen de la vida. Hablaría incluso de que nuestro planeta es relativamente joven en el universo comparado con los otros que hemos encontrado hasta ahora, ¿acaso no lo comprende?

—Han llegado al centro —Viper habló con una voz casi imperceptible, sin despegar la vista de la pantalla que transmitía, por ondas radiotelevisivas, lo que los escuadrones de autómatas hacían en ese momento en la supertierra azul.

El capitán había citado con anterioridad a los jefes del equipo científico en la sala de retransmisión de la nave y, sin tocar el tema de la criatura que la *Gradiz I* encontró entre sus investigaciones, les reveló todo lo pertinente al informe del

capitán Vic. Esto, como era de esperarse, provocó una intensa discusión que duró horas, hasta que los dos escuadrones de autómatas enviados nuevamente, acompañados de un droide de excavación equipado con un potente taladro láser, lograron penetrar en el centro hueco de la estructura meteórica hundida parcialmente en el océano del exoplaneta; lo que los rovers transmitieron cuando llegaron al núcleo metálico sepultó por completo el ánimo de Claze por refutar la hipótesis, hasta hace unos instantes absurda para él, del geólogo Kontora.

Primero, el droide había sido expulsado desde la exosfera por la *Gradiz III* hacia una llanura extensa donde las torres de metal y piedra del meteorito no interfirieran con el aterrizaje; después, las tres patas cilíndricas plegables se extendieron sobre la cara superior de la estructura, acoplándose con las pinzas hidráulicas de las puntas ahí donde el agua no llegaba a ocultar los bordes negruzcos e irregulares del piso. Como es de costumbre, la máquina siguió el protocolo de excavación implementado en su sistema y, aunque una de las sondas satelitales ya había escaneado la estructura interna de la nave-meteorito y se las había mandado en formato de ceros y unos, este volvió a cerciorarse de la ubicación de su centro, utilizando el refractómetro de uno de los extremos de su cuerpo helicoidal para determinar la ubicación del núcleo. Tras unos minutos de análisis informático en la gran cabeza icosaédrica de su extremo superior —como si de un bacteriófago robótico se tratase—, el droide se decidió por abrir la compuerta de la punta de su base convexa, sacando así el taladro láser e iniciando la excavación. Cuando hubo terminado, los autómatas de dos metros de altura se introdujeron en el gran diámetro oscuro del agujero,

amortiguando su caída con los propulsores a chorro acoplados a sus espaldas mecánicas.

El interior era claramente una estructura artificial que se asemejaba mucho al puente de mando de la propia nave de los astronautas, con la única diferencia de que en su centro polvoriento y herrumbroso, sobresalía una esfera niquelada suspendida en el aire, emitiendo destellos eléctricos como una bobina de Tesla, hacia unos cilindros con contenido orgánico de origen indeterminado plegados en todas sus paredes. El quid de la cuestión se dio cuando la esfera pareció percatarse de la presencia de los rovers, pues esta emitió un sonido grave que hizo vibrar todo a su alrededor, dándoles la bienvenida a los intrusos de una manera poco decorosa. Justo ahí, cuando todo quedó en silencio dentro de la estructura después del estruendo en un lenguaje desconocido, el orbe cambió las tonalidades azul purpúreas de sus relámpagos a las de un rojizo anaranjado más parecido al de la lava llameante, que comenzaron a impactar sobre los procesadores de los autómatas, interfiriendo con la señal de sus cámaras.

El capitán Viper se notaba tenso frente al monitor, disponiéndose a dar órdenes para mandar a un segundo equipo de expedición mezclado con humanos y máquinas fuertemente armadas para neutralizar al robot alienígena; sin embargo, de la nada, la esfera comenzó a vibrar, emitiendo chillidos robóticos agonizantes como si estuviera fallando. Poco a poco, los rayos rojizos empezaron a claudicar, y la señal se volvió a restablecer mientras, a través de las cámaras de los autómatas, los jefes astronautas miraban cómo el orbe plateado caía al suelo estrepitosamente de manera constante,

volviendo a levitar cada vez con menos fuerzas. Tras unos minutos, el artefacto finalmente pareció morir en una esquina, entre chispas, metal fundido y escombros. Con los últimos esfuerzos de sus oxidados circuitos ancestrales, una última falla arrojó imágenes holográficas que llenaron inmediatamente el puente de mando. El color intenso de su luz tiñó de un tono verduzco las constelaciones antiguas del mapa que mostraba en el aire, junto con la presencia de seres que flotaban en mitad de esas imágenes en tamaño real. La vieja grabación holográfica enseñaba a las criaturas observando el mapa estelar, apuntando con sus manos y hablando entre ellos. Movían palancas, presionaban botones e interactuaban con el ya fallecido globo plateado que parecía haber fungido como la inteligencia artificial avanzada de la nave-meteorito.

—Viper, ¿esos son...? —Lance se olvidó de las cordialidades debido al estremecimiento, y llamó al capitán por su nombre, omitiendo el título. Había sido el único en atreverse a hablar después de minutos que parecieron horas.

—¿Seres humanos? —contestó Viper— Sí, lo son. Justo como el cuerpo momificado encontrado en *PA-99-N2* por la *Gradiz I*.

—Si esos seres holográficos son realmente humanos como nosotros... —siguió el jefe de intercomunicaciones. Ahora miraba al capitán Viper con inocencia. Su voz tartamudeaba— ¿De dónde... de dónde venimos realmente?

El capitán de la nave solo pudo sonreír amargamente, pues a pesar de sus largos años de existencia, finalmente se había topado con algo sombrío. Desconocido.

—No lo sé —respondió—. Realmente no lo sé.

Sebastián Oviedo Lobato (Puebla, 1997). Médico general de profesión, egresado de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Escritor novel y aficionado a la lectura de terror y ciencia ficción. He publicado un cuento de terror en el Fanzine Delfos número 5, con el título de “La oración del rey”. También he participado en múltiples cursos de creación literaria como el 20º Aurora Festival Internacional de Cine de Horror con el nombre de “Muerte en el bosque: Historias de extrañeza botánica” por la Universidad de Guanajuato entre otros.

— . —

LUX

M. MORRIS CUEVAS

Mi primer recuerdo es de flores. Recuerdo haber despertado al perfume de miles de brotes, el zumbir de las luciérnagas entre ellos. La luna brillaba, el ambiente de una claridad invernal. Mi cuerpo estaba entumido, extraño, y si levantaba mi mano a la luz, podía ver mis huesos, el resto de mi carne se disolvía en llamas de sombras. A donde pisara, las flores me seguían, astrantia pálida debajo de mis pies descalzos y azucenas solemnes en donde colocara mis manos. Mi corazón estaba contento, ligero como un fantasma, mientras me internaba en la profundidad del bosque. Cualquier memoria gris y turbia de mi pasado se desvaneció durante esa caminata. No tengo necesidad de recordar tales cosas.

La mayor parte de los mortales me temían, esa cosa extraña que vive en lo oscuro del bosque. Solo los más valientes se atrevían a internarse en mi dominio, dándose la vuelta cuando el sol se desvanecía en el horizonte y el musgo empezaba a brillar en tonos lúgubres. Solamente los desesperados continuaban adelante, buscando una pizca de magia para resolver sus penurias. Pero hasta aquellos que sí me encontraban, guiados ahí por las mismas estrellas, se alejaban decepcionados. Yo no

soy quien se doblé a los deseos de las estrellas, no importa qué tan claros sean. Intercambié mi cadáver por ello, por la paz inmemorial de la espesura esmeralda.

Mi hogar es sacro, esculpido de árboles viejos y caídos. Me encerré en su interior y los buscadores le hablaron al aire. Me senté en mis árboles y escuché mientras se desahogaban, lloraban y declamaban una docena de soliloquios sobre sus penas. No deberían hablar conmigo. El bosque escucha. Ustedes escuchan. Yo no.

El mundo ha cambiado desde que desaparecí dentro del bosque. Visitantes, buscadores que ya no hablan como yo lo hacía, cuyas ropas están cortadas en patrones extraños y derrochadores. La misma magia que conserva mi alma me permite entender sus lenguas noveles, percibir las hierbas desconocidas debajo de sus uñas y en su aliento, oler la sal del viaje sobre su piel. Y ellos, aun con tanto conocimiento, se quejan del amor perdido, disputas mezquinas y venganza, siempre venganza. ¿Por qué vendrían a mí para rogar por sus muertos? Solo los dioses sostienen tal poder.

Negociaban, rogaban, me colmaban de ofrendas y promesas. Almas, riquezas, poder, la eternidad, y, sobre todo, nada. ¿Qué bien me hace eso a mí?

—Lux —me llamaban—. Por favor, sálvanos, sálvame, dame lo que deseo.

Al encontrarse con mi silencio, recogían mis flores, cosechaban mi musgo, y bebían de mi riachuelo bendecido. Algunos se morían en su camino para salir del bosque. Otros, supongo, cumplían sus deseos. Cuando no encontraba sus cadáveres, una nueva ola de suplicantes se materializaba:

bandadas de pájaros desesperados que se enfrentaban a la arboleda y regresaban con las manos vacías a sus hogares. Me dejaban con mi musgo, mis luciérnagas, mis rosas y mis sauces. He contado los anillos de cada árbol de este bosque, traído a la vida a prados recónditos, y dado la bienvenida a los descendientes de los peces que me acogieron en esta pequeña, pacífica y solitaria vida. Pregunto de nuevo, ¿qué me podrían aportar esos mortales? De vidas y preocupaciones estrechas. Demasiado ocupados con insultos triviales y rogando por cosas divinas. Ofreciendo tierra y metales mundanos. ¿Qué bien me hace eso a mí?

—Lux —dijo uno nuevo, cabeza inclinada frente a mi hogar, mientras un cometa desaparecía sobre el horizonte—. Por favor, ayúdame.

Estaba de espaldas a él, observando a través del reflejo de una pequeña cascada que corre entre los surcos de mis árboles antiguos. Se quitó su gorro de lana, un joven con la nariz cubierta de pecas, mejillas aún redondas con juventud. Dejó algo frente a mis árboles; metal tintineó contra la tierra, y una tenue ola se deslizó por el suelo de la floresta.

—Lux, te imploro, ayúdame a recobrar mi derecho de nacimiento, ayúdame a ser rey.

Nuevas flores crecieron alrededor de mi cuenca de ojo vacía. Un olor fresco de la alta mar invadió el claro, cubriendo el perfume de las azucenas alrededor de mi hogar. Peculiar, pues este joven no tenía el porte de un marinero o pescador. No cargaba una espada, su constitución era pequeña, manos sin callos, por lo cual no podía ser un caballero o soldado. Pétalos se expandieron y rozaron contra lo que solía ser mi piel mientras

escudriñaba su rostro. Tenía una mirada hundida y firme, una daga escondida en su cinturón y, aun así, su expresión era una máscara cuidadosa de servilismo y placidez. Su historia no era conocida para mí en ese momento, pues el hijo de un pequeño burócrata no es usualmente la cuna destinada de un futuro rey.

—¿Y por qué debería ayudarte, mortal? —dije.

El joven dio un paso atrás, buscando la fuente de mis palabras. Mi voz era el susurro de las hojas, el murmullo del agua de un arroyo. Habían sido varios años desde que pronunciaba palabras humanas.

—Puedo ofrecerte protección, para ti y para tu bosque. Quieren talarlo, el rey actual, el impostor. —La amargura permeaba su discurso; su ofrenda era honesta—. Y he traído un regalo: monedas de oro, joyería de plata, un zafiro auténtico.

—No me interesan tus riquezas mortales.

Mis palabras hicieron eco entre la espesura. El aire coloreado con el sutil trueno de las olas. Talar el bosque. Qué proposición. Medité por un segundo si mi ayuda no estaría mejor invertida con el rey impostor. Destruir mi santuario. Mi prisión. Mi hogar. ¿Dónde quedaría yo? ¿Sobreviviría siquiera? Ahí quedan las condiciones de mi propio contrato, el dolor putrefacto que invade mi cuerpo al traspasar los límites del bosque, la sangre azul-cadáver que escurre entre mis dedos. Además, los hombres ambiciosos no desperdician la magia si se les revela. ¿Por qué me dejarían en paz, si quitarán mis árboles, destapándome, cual niño que levanta una piedra para revelar insectos?

El joven levantó la vista a las ramas esmeralda. —Por favor, Lux, si son ciertas las leyendas, ayudas a los desamparados, por favor.

Al son de sus palabras, algo se columpió de su cuello. Una semilla, atravesada por un simple cordón de piel. Y con ello, la sensación del océano se expandió como el vuelo de un pájaro. Inhalé por instinto, sin que el aire expandiera mi tórax. Las historias se aclararon en mi mente y una vieja hambre, hambre mortal, hambre desesperada, arañaba mis entrañas. Solo un objeto tendría tanto poder, tal impresión de la vastedad del mar, de libertad. Una memoria flotó a la superficie, antes de las flores, del musgo, de las raíces antiguas. Solo un objeto que, cuando aún era de carne y sangre, vivía incrustado en el báculo pulido de un viejo sabio.

Me lamí los labios, humo acariciando humo.

—¿Qué más me puedes ofrecer? —dije, saliendo de mi hogar, enredaderas arrastrándose hacia el joven.

Su expresión se congeló, trastabilló hacia atrás, agarrando su collar. Sonreí, dientes blancos destellando entre sombras. Me acerqué, el humo de mi cuerpo esparciéndose junto con nuevos brotes: tréboles, astrantia, azucenas, velo de novia.

Su boca era una línea delgada, mandíbula tensa. Ya no caminaba para atrás, pero su mano se mantenía alrededor de la semilla hueca. Algo rojo destellaba entre sus dedos.

—Hueles al mar y a magia, a un tipo particular de magia —dije, extendiendo mi mano esquelética—. El rubí del mago, dámelo.

El joven apretó con más fuerza la semilla, opacando el olor a sal. —No puedo, lo necesito. Es un regalo. Te daré algo más, un libro de conjuros o mi primer hijo, algo más.

—No me alimento de niños —dije, dándole la espalda—. Y no desperdicié mi tiempo en venturas inútiles.

—Un lugar en mi corte, para viajar por el mundo en mi nombre.

Hiedra venenosa se enroscó en los tobillos del joven, atrapándolo, mas no se inmutó.

—No soy sierva de nadie —siseé.

—No jugaré con la muerte —dijo, voz sin temblar—. Necesito los poderes del rubí, pero también necesito los suyos.

Los vestigios de mi sangre hirvieron. En su nombre. Con el hambre que carcomía mi interior, me había convertido en un carbón ardiente. No demorarían tanto en ver los beneficios de talar mi bosque, solo lo suficiente para que no pudiera esconderme, desaparecer. De encadenarme con metal santo o en frascos de cristal encantado, con un trozo de tierra o corteza para mantenerme con vida. Cuatro paredes oscuras o una estantería llena de polvo eran peor destino que pudrirme entre los troncos de mi hogar.

Una nueva flor brotó frente a mí. Blanca como los huesos, semillas que brillaban como estrellas de invierno y con el olor de una tumba olvidada. *Tal vez sí jugará*. Mi sonrisa se ensanchó, calavera sonriente. ¿Quién era yo para negarme a los deseos del bosque?

—No necesitarás el rubí —dije, recogiendo la flor—. Pero quizás te traiga suerte.

Cuando me di la vuelta, el joven se había enderezado, un desafío en sus ojos hundidos. Miraba la flor, algo demasiado frágil para ser esperanza en su rostro. Cerré mi mano alrededor del tallo, pulverizándolo. Su expresión regresó a esa máscara vacía de sentimientos. De un trozo de corteza conjuré un

recipiente y mezclé el polvo de la flor con agua del riachuelo sagrado bajo mis pies.

—Tómalo —dije, extendiendo el cuenco—. Bébelo.

No vaciló, drenó el líquido en el tiempo de dos respiraciones. Parpadeó con fuerza una vez vació el cuenco, pecho expandiéndose con mayor facilidad, pupilas dilatándose.

—Tienes una fracción del poder del bosque, magia para crear cualquier cosa que desees.

El joven asintió, hipnotizado por el camino de las ramas, por la claridad del aire.

—Pero si rompes tu promesa, las semillas crecerán dentro de ti y te matarán.

Su mirada se volcó otra vez a mí, el miedo apareció por fin en sus ojos.

—En cuanto seas coronado, me traerás el rubí —dije—. Y una vez que la vida se haya cansado de ti, regresarás aquí a morir.

—Lo prometo —dijo. Respondió tan rápido. Ya acostumbrado a este tipo de negociaciones. Mano sobre su estómago, labios fruncidos, su rostro una vez más una máscara de placidez.

Tal es el precio de la gloria.

—Ahora vete —dije, regresando a las sombras de mis árboles, escuchando al futuro rey tropezar por el bosque y emerger a un mar de estrellas sobre su cabeza.

Mantuvo su promesa. No pasaron cinco años y regresó a mis árboles, el rubí del mago en su mano, una corona sobre su frente. Y décadas después, se sentó a descansar debajo de un sauce y nunca volvió a levantarse.

Cuán pequeño era el rubí. Frío y afilado. Mientras la descendencia del rey anunciado se extinguía como velas en tormenta, le di vueltas y vueltas entre mis dedos. Me susurró sus secretos y en el tiempo justo, lo levanté a mi rostro y acomodé en mi cuenca vacía. Hiedra acunó a mi nuevo ojo, una iris de pétalos caídos floreció para formarme un párpado. Así, colgándome del viento, mi conciencia tanteó los límites del bosque. Sin que la podredumbre me envolviera, recorrí los prados, los caminos de polvo y adoquines, me escabullí por ventanas y debajo de las puertas, ascendí hasta que la tierra donde nací y renací no era más que una mancha en la corteza verde del mundo. Me zambullí en el océano oscuro, congenié con las criaturas ciegas de sus fosas, tracé la estructura de los corales y respiré junto a sus gigantes. Conocí los morados del desierto nocturno, el blanco mortífero de los glaciares, los verdes exuberantes de la selva y el rojo hogar del centro de esta esfera terrestre.

Lo observé todo desde la paz de mi bosque. Hasta que un día, escuché otra vez la palabra.

—Lux —una muchacha estaba parada frente a mi árbol—. Necesito tu ayuda.

Olía como el metal recién salido de la fragua. Olía como las estrellas.

Sonreí mi sonrisa de calavera. Ojo de rubí brillando.

—Dime.

M. (Malinalli) Morris Cuevas es una escritora bilingüe, cuyo tema de obsesión es la narrativa de fantasía. Estudiante de último semestre en la licenciatura de Literatura y Escritura Creativa en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Tiene textos en *Celdas Literarias*, *Cuentos sabor a menta* y en su cuenta de Instagram @thebatnook.